LA MISA,

POR

MONSEÑOR SEGUR.

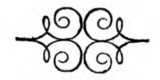
TRADUCCION

DE

D. J. G. Y M.

SEGUNDA EDICION.

(Con aprobacion eclesiástica).



BARCELONA:
LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5.
1880.

Opúsculos que contiene este volumen:

a) Segur: La Misa

b) id : La Virgen Santísima en el Antiguo Testamento

c) id : La Virgen Santísima en el Nuevo Testamento

LA MISA,

POR

MONSEÑOR SEGUR.

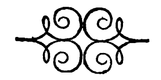
TRADUCCION

DE

D. J. G. Y M.

SEGUNDA EDICION.

(Con aprobacion eclesiástica).



BARCELONA:
LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5.
1880.

LA MISA.

I.

¿A quién se dirige este opúsculo?

A todos en general; pero muy particularmente á aquellos para quienes el Catecismo es sólo un recuerdo.

Despues de diez y ocho siglos de Cristianismo es verdaderamente doloroso tener que explicar á cristianos lo qué es la Misa. Sin embargo, á ello nos vemos reducidos, gracias al progreso de las *luces* de abajo, que casi han extinguido la luz de arriba. A medida que se enseñan cosas que no es necesario saber, se olvidan, cada dia más, aquellas de que no se puede prescindir sin peligro de hacerse los hombres desgraciados y perversos. ¡Cómo se burla de nosotros el demonio con su bello progreso, con su famosa ciencia y con todas las especiosas palabras de que se vale para disfrazar sus embustes!

En la época que se ha convenido en llamar «los tiempos de ignorancia,» nadie dejaba de saber lo que era la Misa. En el dia, hasta entre la gente honrada, ¿cuántos habrá que lo sepan con alguna claridad? Puede que tantos cuantos fuesen capaces de decir como un maestro zapatero de París, que queria hacer trabajar á sus pobres aprendices durante toda la mañana de los dias de fiesta: «¡Vaya! Podréis ir á la Misa de la tarde en vez de oir la de la mañana. Es lo mismo; tan buena es la una como la otra.» Tomaba las Vísperas por Misas.

Otro del mismo calibre decia: «Que la Misa de la tarde era más bonita que la de la mañana, porque en ella se ve el sol.» Este desventurado se figuraba que en las Vísperas (á las que llamaba Misa de la tarde) se adora el viril.

Y no es sólo la gente sin educacion la que en Francia ignora lo qué es la Misa y la que habla con toda formalidad de la Misa de la tarde. Un coronel respondia á un sacerdote que reclamaba á favor de los individuos del regimiento la más sagrada de todas las libertades, la de la conciencia: «Es verdad que pasando los domingos revista al medio dia les impido ir á Misa por la mañana; pero bien pueden, si quieren, ir al cabo de una hora ó dos á la Misa de la tarde.»

Para muchos toda ceremonia religiosa, de cualquier clase que sea, es la Misa. Creo haber referido en otra parte (1) lo que me refirió un testigo ocular

(1) En el *Tratado sobre la presencia real.*

haber sucedido al bendecir un Obispo la locomotora de cierto ferrocarril del Oeste. Dos ó tres buenos industriales embelesados y conmovidos decian entre sí: «¡Esto sin duda da gusto! Mucho tiempo hacia que no íbamos á Misa; bueno es oirla alguna vez.»

Esta ignorancia parece estar á la órden del dia. Felizmente es menos grosera entre los que alguna vez van á la iglesia; pero basta ver el continente de la mayor parte de los ciudadanos que ván á Misa de Velaciones, de Difuntos y áun á las ordinarias de los domingos, para convencerse de que nada comprenden de lo que pasa en su presencia. Se les ve allí sin compostura, sin respeto, sin devocionario; los unos charlando, riendo, ocupados en mirar las mujeres y los trajes, no inclinándose siquiera al *alzar*, tomando sin duda la iglesia por una sucursal de la alcaldía ó del café; los otros bostezando, con los brazos caidos como si estuvieran en un baile, y con un aire tan estúpido que moverian á risa si no inspiraran compasion. Yo pregunto: ¿es ideal este retrato? ¿Quién no ha sido cien veces testigo de tales escenas?

Entre los cristianos que no han olvidado las prácticas religiosas, ni el camino de la iglesia, creo que hay muchos que no saben más que de un modo confuso é insuficiente lo qué es la santa Misa; el por qué y cómo debemos asistir á ella; lo qué significan las ceremonias que el Sacerdote verifica en el altar, y cuáles son los preciosos beneficios que produce su asistencia.

Para este gran número de cristianos honrados,

pero poco instruidos, es para quienes voy á hacer un resúmen aquí de lo que la Iglesia nos enseña respecto al santo sacrificio de la Misa. Puede que este pequeño trabajo sirva tambien de alguna utilidad á los buenos Sacerdotes, á los catequistas y á los padres cristianos que comprenden la importancia, mayor hoy que nunca, de dar á sus hijos una instruccion religiosa, sólida y bien razonada.

II.

De lo qué es la Misa.

La palabra *misa* es la traduccion de la latina *missa*, muy usada en la antigüedad para significar una asamblea pública, una reunion cualquiera de enviados, de diputados. En efecto, *missus* quiere decir: *enviado*. Aún hoy dia en Francia se llama *messe* la reunion diaria de los oficiales de una guarnicion. Esta locucion dió orígen, segun se cuenta, á una aventura bastante singular: una señora muy piadosa y rica concibió el pensamiento de casar á su hija con un subteniente de muy buenas prendas, pero sin un cuarto, por haberle oido decir: «que todos los dias iba á la *messe*» (la buena señora entendió que iba á Misa), y se entabló el negocio: las partes interesadas se avinieron pronto, y cuando se vino en conocimiento del *quid pro quo* no fué ya tiempo de romper. Por dicha el jóven pretendiente, sin tener tanta aficion á la Misa de Dios como á la *messe* de los oficiales, en el fondo era un buen muchacho,

que pareció no esperar más que una ocasion propicia para hacerse un buen cristiano.

La Misa es por excelencia la asamblea religiosa de los cristianos; ella los reune á todos, á todos los confunde al pié del altar, donde el Hijo eterno de Dios hecho hombre, Jesucristo, el Señor, el Rey y el Redentor del mundo, se hace presente, aunque velado, bajo las apariencias de pan y de vino.

La Misa es el sacrificio incruento de Jesucristo que de nuevo se presenta sobre nuestros altares, entre las manos de los sacerdotes; el sacrificio divino, la inmolacion santa que en otro tiempo, y una vez por todas, salvó al mundo en el Calvario. Por esto se dice: el sacrificio de la Misa, ó simplemente el Santo Sacrificio.

III.

De cómo el sacrificio de la Misa es el mismo que el del Calvario.

El *sacrificio* de Jesucristo es el gran acto, el acto esencialmente religioso, sacerdotal y divino, por el cual el Hijo de Dios, hecho hombre, se ha ofrecido Él mismo á su Padre celestial, como víctima de adoracion, de accion de gracias, de misericordia y de perdon por el mundo entero. Este sacrificio, este sagrado acto constituyó la vida entera de Nuestro Señor con todos sus sufrimientos, todas sus privaciones, todas sus lágrimas, sus oraciones, sus adoraciones, y sobre todo su Pasion dolorosa y su inmo

lacion sangrienta en el Calvario. Comenzó este sacrificio en el seno de María desde el primer momento de la encarnacion del Hijo de Dios, y se consumó en la Cruz, ó por mejor decir, se consumó y acabó entera y perfectamente el dia de la Ascencion, cuando la divina Víctima resucitada y triunfante entró para siempre en la gloria de los cielos.

La oblacion, la inmolacion de Jesucristo toda entera, se vuelve á presentar en nuestros altares cada vez que el Sacerdote celebra Misa. ¿Qué es en efecto el sacrificio de Jesucristo mismo sacrificándose, ofreciéndose á Dios su Padre, como Víctima de adoracion], de accion de gracias, de oracion y de expiacion como acabamos de manifestar? Ahora bien, presentándose real y personalmente Jesucristo en el altar bajo los velos sacramentales de pan y vino, la Misa es evidentemente el sacrificio de Jesucristo, que vuelve á presentarse á todas las generaciones cristianas á través de los siglos y hasta el fin del mundo.

Para recordar incesantemente esta gran verdad al Sacerdote y á los asistentes, la Iglesia hace colocar un Crucifijo sobre el altar donde se celebra Misa, y prohibe absolutamente que se diga sin tal imágen de Jesús crucificado.

Así que el santo concilio de Trento ha declarado en contra de los protestantes, que «la Misa es real y verdaderamente un sacrificio.» La sola diferencia que hay entre el sacrificio del Calvario y el de nuestros altares, es que el primero se ofreció bajo una forma sangrienta, mientras que el segundo se ofrece

en una forma incruenta y mística, es decir, misteriosa, superior á la razon y á los sentidos.

La Misa es un verdadero sacrificio y el mismo sacrificio del Calvario.

IV.

De la diferencia entre el Santo Sacrificio y el Santísimo Sacramento.

No es lo mismo el sacrificio de la Misa que el Santísimo Sacramento; el Sacrificio es el acto que produce el Sacramento. El Santísimo Sacramento es al Santo Sacrificio lo que el fruto es al árbol. No hay fruto sin árbol; y esto no obstante cuando el fruto está recogido y recolectado existe perfectamente por sí mismo independientemente del árbol que le ha producido.

Así es la Misa con relacion al Santísimo Sacramento. La Misa, el sacrificio de la Eucaristía, es un *acto* de la Iglesia, mientras que el sacramento de la Eucaristía, fruto de este acto, está en manos de la Iglesia como los frutos que guardamos en nuestras despensas para alimentarnos á medida que lo exigen nuestras necesidades.

La causa de que el Santísimo Sacramento no sea sacrificio de Jesucristo, por más que real y personalmente contenga á la divina Víctima del Pesebre y del Calvario, es, el ser de la esencia del sacrificio constituir un acto transitorio como lo fué en tiempos pasados el sacrificio sangriento del Salvador,

como lo es el brote de los frutos en el árbol. La Misa, por el contrario, es el sacrificio de Jesucristo porque es el acto que produce y hace presente en la tierra al mismo Jesucristo con todos los misterios de su santa vida y especialmente con su inmolacion en el Calvario.

El Santo Sacramento, que es el pan de la vida y el alimento espiritual de los cristianos, puede compararse al pan material, con que se nutre nuestro cuerpo: para el uno y para el otro hay un trabajo que produce el pan, y hay además el pan, fruto de este trabajo. Para el pan material hay el trabajo del obrero que amasa la harina, le da forma y por medio de la coccion produce el pan que comemos; para el pan espiritual hay el trabajo, el acto del Sacerdote que ofrece, bendice y despues consagra en el altar el pan y el vino en Cuerpo y Sangre de Jesucristo, produciendo de este modo el alimento de nuestras almas por medio de la Comunion. Este sagrado trabajo del Sacerdote es precisamente el sacrificio de la Eucaristía, el sacrificio de la Misa. Es el acto más grande, el más divino que hace la Iglesia en la tierra, así como el Santísimo Sacramento es lo más divino, más grande y más celestial en la Iglesia.

V.

En lo qué consiste especialmente el Sacrificio de la Misa.

Consiste en el acto que la Iglesia llama la *consagracion* y sólo en este acto.

La consagracion es como el corazon y como el punto central de la Misa. Todo cuanto precede á la consagracion no es más que la preparacion á este acto adorable y divino ; todo lo que le sigue es el complemento y la accion de gracias.

La consagracion es el acto por el cual el Sacerdote *consagra* el pan y el vino en Cuerpo y en Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, cambiando, por un efecto de la omnipotencia divina, la sustancia del pan en la sustancia del Cuerpo vivo y glorioso de Nuestro Señor, y la sustancia del vino en la sustancia, igualmente viva, divina y adorable, de la Sangre del mismo Señor. Y así, despues de la consagracion, ya no queda sobre el altar ni pan ni vino, sino única y realmente el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo; es Jesucristo todo entero, Jesucristo vivo y celestial, encubierto á nuestras miradas bajo las *especies* ó apariencias de pan y vino: estas son simples apariencias, destinadas á ocultar al Rey de los cielos á nuestras miradas terrestres, incapaces de sostener el brillo de su majestad.

La consagracion es, pues, el acto por el que Jesús, Víctima de salud, se hace presente sobre la

tierra en medio de su Iglesia militante; y cuantas veces le consagra el Sacerdote, ofrece de nuevo esta divina Víctima para gloria de Dios y para la salud del mundo.

En el acto de la consagracion y sólo en este acto consiste, pues, el sacrificio; y todo el conjunto de ceremonias sagradas, que se llama la Misa, seria, sin la consagracion, como un cuerpo sin alma.

VI.

El sacrificio de la Misa nos hace presentes todos los misterios dolorosos y gozosos de Jesucristo.

No hay más que un solo Jesús: el Jesús del cielo es el Niño que lloraba y padecia frio en el pesebre de Belen, en los brazos de María y José; es el Niño Jesús de Nazaret; es el Jesús del Evangelio, con sus milagros, con sus fatigas, sus divinas virtudes, sus penas, sus lágrimas; es el Jesús del Cenáculo, de la agonía, de la Flagelacion, del Pretorio, del Calvario; el Jesús del Sepulcro y de la Resurreccion; el Jesús de los hombres y de los Angeles.

Pues bien, en la Misa este Señor adorable aparece en persona en medio de nosotros bajo el velo del Santísimo Sacramento; allí se encuentra ante nosotros con todos sus misterios reunidos y con cada uno de ellos en particular: se puede decir con absoluta verdad, por ejemplo el dia de Navidad en la Misa de media noche: «Hé aquí el santo Niño Jesús, el Dios del pesebre.»

Yo adoro aquí, en la Eucaristía, al mismo Niño Jesús que adoraban en otro tiempo en Belen bajo forma humana María y José, los pastores y los Magos.

Por Cuaresma, en la Misa podemos decir igualmente con toda verdad: «Hé aquí sobre el altar el Penitente universal del mundo, el bueno y misericordioso Jesús, quien por amor á nosotros quiso ayunar cuarenta dias seguidos en el desierto, humillarse y expiar nuestros pecados con su penitencia.»

Cada vez que en la Misa leemos el Evangelio, podemos decir: «Hé aquí sobre el altar á Aquel que ha dicho todas estas santas palabras; que ha hecho todos estos hermosos milagros; que perdonó á aquellos pobres pecadores, á la Magdalena, á Zaqueo, á la mujer adúltera: hé aquí al Jesús de los párvulos y de los pobres; al Jesús de Lázaro, del ciego de nacimiento, de la viuda de Naím. ¡Oh! ¡qué bueno es estar cerca de Él!»

En el Jueves Santo, la Hostia de la Misa, el Jesús del altar, es el Jesús del Cenáculo, que está allí delante de nosotros y para nosotros, como estaba en tiempos pasados delante de sus Apóstoles.

Se da á nosotros como se daba á ellos; nos dice lo que á ellos decia; nos ama como á ellos amaba. El acto divino de la consagracion nos le hace presente con los misterios del Cenáculo.

Lo mismo sucede con la crucifixion y la muerte de nuestro dulce Redentor. Cada dia en la Misa, en el momento en que el Sacerdote eleva la Hostia

y el Cáliz consagrados, cada uno de nosotros puede decir: «Yo adoro aquí al Jesús de la Pasion; á Aquel que por mí, miserable pecador, sudó sangre en el huerto de la agonía, fué vendido por Judas, fué escupido y cubierto de ultrajes, fué abofeteado, renegado, condenado á muerte! Esta Hostia es mi Salvador azotado, coronado de espinas, llevando su cruz con todos mis pecados, con todos los pecados del mundo; es Jesús crucificado, pendiente en la cruz, ensangrentado, espirante, muerto! Yo estoy allí ante su altar, como san Juan, como Magdalena estaban ante el altar sangriento de la Cruz. No le veo con los ojos del cuerpo; pero la fe infalible me le descubre: sé que está allí, que es Él, Él mismo; ¡sé que me mira, que me ama, que me bendice!»

Lo mismo puede decirse de todos los misterios de la divina Víctima; de su Resurreccion y de su Ascension, de sus triunfos y de su gloria celestial. En el altar, entre las consagradas manos de sus sacerdotes, se representa á nosotros con todo lo que es, con todo lo que tiene, sobre todo con su dulce amor, con su sagrado corazon entreabierto, el cual nos enseña diciéndonos: *Todos los que sufrís y os sentís agobiados bajo la carga, venid á Mí y Yo os levantaré.*

En los dias de la Encarnacion y de la Redencion el Hijo de Dios, por medio de su sangriento sacrificio, ha hecho descender en su persona el cielo sobre la tierra, para traernos la vida y la dicha del cielo; en la Misa, en la Eucaristía y por su sacri-

ficio incruento, Jesús renueva cada dia, ó más bien perpetúa, este inefable beneficio, cuya extension ni los Ángeles mismos pueden concebir.

Se puede decir, por consiguiente, con toda verdad, que dándonos presente á Jesús, el sacrificio de la Misa nos hace presentes todos los misterios de su vida, de su Pasion y de su muerte. Adorando á Jesucristo en el altar y sobre todo recibiéndole en la Comunion, tomamos nuestra parte de la gracia que procede de estos misterios, del mismo modo que los pajarillos toman su parte en las aguas refrigerantes cuantas veces se aproximan, se bañan y sumergen en ellas su pequeño pico.

VII.

Cómo la Misa es el centro de todo el culto de Dios.

La Misa es el centro de todo el culto de Dios, porque es el sacrificio de Jesucristo, porque presenta verdadera y realmente á Jesucristo en la tierra, y porque el mismo Jesucristo es el jefe y el centro de la verdadera religion.

Dios ha creado el cielo y la tierra en vista de su hijo único Jesucristo, quien en medio de los tiempos debia encarnarse, uniendo un alma y un cuerpo á su persona divina, eterna, omnipotente. La religion, la sola religion verdadera es el culto de adoracion y de súplica que Jesús, el Hombre-Dios, tributa á la Majestad divina.

Entre las criaturas, hay unas que creen en Jesucristo, que esperan en Él, que le aman, que le sirven y que al mismo se unen: estas son las que poseen y practican la verdadera religion; son las que rinden á Dios, con Jesucristo y por Jesucristo, el culto puro y santo que Dios espera de sus criaturas. Las otras están fuera de la verdadera religion, y por consiguiente fuera del verdadero culto divino.

La Iglesia está encargada por Jesucristo de predicar á todos los hombres la verdadera religion y de hacerles tributar á Dios el culto verdadero; luego principalmente en la Misa y por la Misa la Iglesia rinde á Dios este culto perfecto, uniéndonos á Jesucristo para adorar y rogar á Dios, para darle gracias por sus beneficios, y para implorar sus misericordias.

La santa Misa resume todas las adoraciones y todos los homenajes religiosos que Jesús, Hombre-Dios, ha tributado á Dios su Padre durante su vida mortal, y que le tributa eternamente en el cielo. A esta religion de Jesús, á este culto perfecto, á este sacrificio verdaderamente divino, se unen: en el cielo la Santísima Vírgen, todos los Serafines, todos los Querubines, todos los Arcángeles, todos los Ángeles, todos los Santos; en el purgatorio las almas santas que esperan, aman y que expian; sobre la tierra los verdaderos hijos de Dios y de la Iglesia, todos los cristianos verdaderos, todos los que no olvidan que han sido creados para conocer, servir y amar á Dios, y para alcanzar por este medio la vida eterna.

Jesucristo, el Rey del cielo, la Víctima del Calvario, la Hostia del altar es el orígen de toda la religion de los Angeles y de los hombres; es á la religion y al culto divino lo que el sol á los rayos de la luz, lo que el corazon que esparce la sangre y la vida en todos los miembros.

La Misa es, pues, evidentemente el centro de todo el culto divino y de la única religion verdadera.

VIII.

Quién ha instituido la Misa.

Es casi inútil decirlo: el mismo Jesucristo nuestro Señor. Con efecto; sólo Él podia instituir en su Iglesia un sacrificio que, bajo la forma de pan y vino, contuviese realmente su Cuerpo y su Sangre, y que para siempre jamás hiciese presentes sobre la tierra su persona adorable y el sangriento sacrificio que consumó en la Cruz por amor nuestro.

En el Cenáculo, el Jueves Santo, inmediatamente antes de su Pasion, el divino Redentor instituyó solemnemente el sacrificio y el sacramento de la Eucaristía. Todo el mundo sabe que tomó el pan sin levadura (como lo hacemos aún en el altar), lo bendijo y lo consagró en su propio Cuerpo por medio de estas divinas palabras: *Tomad y comed todos, porque este es mi Cuerpo.* Despues, cuando los Apóstoles hubieron comulgado bajo la especie del pan, el Señor tomó un cáliz, es decir una copa, la llenó de vino, la bendijo y la consagró en su verdadera San-

gre, diciendo: *Tomad y bebed, porque este es el cáliz de mi Sangre, de la Sangre de la nueva y eterna alianza.* Y luego que los Apóstoles hubieron comulgado bajo la especie de vino, Jesús les dió el poder y la órden de hacer ellos mismos lo que acababa de hacer Él delante de ellos, á saber: consagrar su Cuerpo y su Sangre adorables, y celebrar de este modo sobre la tierra el santísimo misterio de la Eucaristía, cuando Él hubiera vuelto al cielo. *Y vosotros*, les dijo, *todas las veces que hagais estas cosas, las haréis en memoria mia;* las haréis en memoria de todos los misterios que Yo resumo, que Yo reuno por decirlo así en este misterio de misterios; lo haréis en memoria de mi amor hácia vosotros. Y por este medio sobre todo, haréis que reviva incesantemente en vuestros corazones y en los corazones de todos vuestros hermanos el amor que me debeis á Mí, vuestro Amigo celestial, vuestro Hermano divino, vuestro Dios-Salvador, vuestra Víctima y vuestra Salud. Por esto Jesucristo es el primero que ha ofrecido el santo sacrificio de la Misa en su forma incruenta y permanente, en el mismo momento en que se disponia á ofrecer este mismo sacrificio en su forma sangrienta y transitoria.

IX.

Cómo no es fácil probar que sean los Curas los que han inventado la Misa.

Un buen Cura, á quien yo conozco y que es tan inteligente é instruido como celoso en el desempeño de su santo ministerio, hacia tres meses que tenia que luchar de un modo muy penoso contra las predicaciones de un pastor protestante, más ó menos evangélico, que habia ido á establecerse en su parroquia. Aquel hombre distribuia á manos llenas el dinero de las sociedades bíblicas y atraia así al rededor de su púlpito cierto número de *almas puras*. El alcalde y su adjunto, posadero el uno y droguero el otro, lectores asíduos ambos de *El Siglo* (1), y por consiguiente ilustrados á su modo, encontraban contundentemente verdaderos los discursos del ministro y en todas partes hacian su elogio.

Por desgracia suya el nuevo apóstol, saliéndose un dia de generalidades, se atrevió á decir que la Misa no era más «que una invencion de los Curas,» y que el domingo siguiente trataria á fondo la cuestion, probaria su aserto con tanta evidencia como que dos y dos hacen cuatro, y diria el nombre del inventor de la Misa.

Divulgóse por toda la parroquia esta gran noticia y lo supo el Cura aquella misma tarde. La oca-

(1) *Le Siecle*, periódico anti-católico que se publica en París.

sion no podia presentarse más propicia, y no quiso dejarla escapar; y escribió en seguida al ministro protestante proponiéndole una conferencia pública, el dia y á la hora que le conviniese, en presencia de doce testigos escogidos entre los notables del lugar; le desafiaba á cumplir su palabra y citar el nombre del *inventor* de la Misa, añadiendo que, si lo probaba bien y debidamente, se obligaba bajo palabra de honor á entregarle acto continuo cien francos en buena moneda. Hizo entregar el desafío en propia mano á presencia de dos testigos, y cuidó de que circulara inmediatamente por todo el país una copia de aquel documento.

Todo el pueblo estaba conmovido. Cruzaban apuestas por una y otra parte. El posadero y el droguero no manifestaban duda alguna sobre el éxito del asunto: la derrota del Cura era evidente.

Al otro dia fuéron los dos á ver al ministro para saber el dia y la hora, y quedaron admirados al ver que esta conferencia le mortificaba. En vano trató de eludirla; vióse forzado á fijar el dia. Reuniéronse en casa del alcalde cierto jueves á las dos. El Cura llegó de los primeros con sus seis testigos, y puso sobre la mesa veinte hermosas piezas de cinco francos, en que el protestante reparó en seguida al entrar. Tambien él llegó seguido de seis testigos, á cuya cabeza iban el alcalde y su adjunto. El ministro estaba pálido.

Cuando todos estuvieron en su puesto, el Cura tomó la palabra: «Señor mio, dijo al ministro; ¿habeis dicho el domingo último que la Misa era una in-

vencion de los sacerdotes?—Sí, señor, y lo repito. —¿Habeis prometido que nombraríais al inventor de la Misa y que probaríais tan claramente vuestro aserto que no quedaria réplica?—Con efecto, así es, contestó el otro con un tono algo menos firme. —Pues bien, replica el Cura, yo fuerte con la verdad, que poseo y sé, os desafio delante de estos señores á probar lo que os habeis atrevido á sentar; á probar lo que no existe;» y señalando con el dedo la pila de monedas: «estos cien francos, añadió, son vuestros, si lograis convencerme. Hablad, os escuchamos.»

El ministro tomó la palabra en medio de un profundo silencio. Comenzó declamando con frialdad al principio, é impetuosamente despues, contra las supersticiones clericales y contra la intolerancia de la Iglesia católica. Dejóle el Cura por algun tiempo desahogar su corazon evangélico; sin embargo, como se daba trazas de no acabar, le interrumpió diciendo: «Os salís de la cuestion; testigos los presentes. La cuestion es saber quién ha inventado la Misa, y en qué siglo, en qué país ha vivido el inventor. —Voy á llegar á eso,» replicó vivamente el ministro un poco desconcertado; y se puso á lanzar vehementes invectivas contra la presencia real, las oraciones para los difuntos, contra el culto de la Santísima Vírgen, contra... «Pero esta no es la cuestion, repuso de nuevo el Cura. Vos debeis decirnos quién inventó la Misa; y despues de decírnoslo debeis probarlo tan claro como el medio dia: tres cuartos de hora hace que os estamos escuchan-

do, y ni siquiera habeis tocado la cuestion. ¿No son de mi parecer estos señores? añadió volviéndose hácia los doce testigos. De buena ó de mala gana todos hubieron de convenir en ello.

El bravo pastor, visiblemente hostigado, se enfadó, y quiso abrir unos grandes libros que habia llevado. «Perdonad, le dijo con calma el Cura: ¿es acaso el nombre del inventor de la Misa lo que vais á buscar ahí dentro? Si no es esto, no vale la pena que abrais vuestros libros. Queremos lo positivo. Decidnos, ¿quién es el Papa, ó el Obispo, ó el Cura que ha inventado la Misa; en dónde y cuándo? Si no lo decís, declaro terminantemente aquí, y el próximo domingo lo declararé desde lo alto del púlpito, que no sois más que un impostor, que vuestra enseñanza no es más que una embustería y una mentira, y que un hombre honrado no puede ser de los vuestros.»

El mismo alcalde, despues el adjunto y sucesivamente los demás se pusieron de su parte y dijeron al ministro: el uno que era preciso sostener su palabra; el otro que evidentemente nada habia probado, y que la observacion del señor Cura era justa; un tercero le preguntó, ¿si por ventura se habria burlado de ellos? «¡El nombre del inventor! ¡el nombre del inventor!» le gritaban por ambos lados.

Haciéndose insostenible su posicion, el desgraciado predicante se levantó, pretendió que le insultaban y que en tales circunstancias no podia continuar la conferencia. Dijo que los sacerdotes eran

unos hipócritas, que no creia una palabra de sus doctrinas, y, recogiendo sus librotes, tomó el camino de la puerta.

Fuése acompañado de los silbidos del auditorio, inclusos el posadero y el droguero; y el buen Cura, metiéndose los cien francos en el bolsillo, aprovechó la ocasion para hacer ver á todos el peligro que se corria en acordar su confianza á un advenedizo, particularmente en materia de religion.

El resultado de la conferencia se divulgó en un abrir y cerrar de ojos en toda la parroquia, y por la noche algunos bromistas fueron á dar una cencerrada al sabio ministro.

Y no fué esto solo. A media noche fuéron á avisar al señor Cura de que el tal ministro parecia liar su equipaje, y que ya estaba cargada una parte de los muebles. Un bufon pesado no quiso que se fuese sin música y acompañamiento; subió al campanario, y se puso á tocar á rebato. En breve estuvo en pié todo el mundo, incluso el Cura. Se informaron de lo que pasaba, vieron el carruaje de mudanza y atraparon al ministro con su mujer, su santo evangelio, y su pacotilla de biblias y de chiquillos. Para alumbrar su cambio de domicilio se encendieron antorchas, y le acompañaron bastante trecho gritando, riendo y cantando.—El falso pastor era el único que no reia.—Lo que demuestra evidentemente que no es fácil probar que la Misa es de invencion humana.

X.

Que sólo los sacerdotes tienen facultad de decir Misa.

Sólo los sacerdotes tienen facultad de decir Misa, del mismo modo que sólo los magistrados tienen poder de administrar justicia.

El poder de los magistrados toma su orígen, no de su talento ó de su ciencia ni de su virtud, sino de su nombramiento por la autoridad soberana. Del mismo modo adquieren los sacerdotes la facultad de celebrar la Misa y su sacerdocio mismo por medio de un acto más solemne que un simple nombramiento, cual es la ordenacion; es decir, por medio de la consagracion sacerdotal que les confiere la Iglesia por las manos del Obispo. Esta ordenacion ó consagracion es un sacramento instituido por Nuestro Señor Jesucristo y conferido por Él mismo á los doce Apóstoles en el Cenáculo despues de la institucion de la Eucaristía.

Jesucristo es el Sacerdote eterno, y es como Sacerdote que quiso celebrar el primer santo Sacrificio de la Misa; allí era al mismo tiempo el Sacerdote y la Víctima del sacrificio. En seguida comunicó su sacerdocio, y, por consiguiente, el poder de consagrar la Eucaristía y de celebrar el Santo Sacrificio á san Pedro y á los demás Apóstoles, que así fueron los primeros sacerdotes de la Iglesia católica. Jesús los hizo además obispos y les confirió

el poder de consagrar á su vez, ó como se dice ordenar á los sacerdotes. Y les dió además un poder, todavía mayor, haciéndolos apóstoles y dándoles, como tales, el poder de constituir obispos é iglesias en cuantas partes quisieren.

Desde aquella época hasta la nuestra, los Obispos católicos ordenan cada año á cierto número de sacerdotes para el servicio de la Iglesia y la santificacion del pueblo cristiano, y les confieren por medio del sacramento del Orden, y no de otro modo, el divino poder de celebrar la Misa.

Este poder es del todo independiente de las cualidades y de las virtudes de aquellos á quienes se confiere. El hombre más sabio, el hombre más santo del mundo, si no ha recibido el sacramento del Orden no puede decir Misa, como no puede administrar justicia. Por el contrario, desde el momento que un hombre es ordenado sacerdote, tiene el poder de consagrar en el Altar el Cuerpo y la Sangre del Salvador, áun cuando carezca de talento, de saber y áun de virtud. En la Misa el hombre desaparece ante el sacerdote.

Los pobres pastores protestantes se figuran ser, como nuestros sacerdotes, ministros de Jesucristo; los hay que lo creen de buena fe. Yo he conocido uno que sobre este particular la tenia completa. Vino á verme para hablar conmigo acerca de religion; porque decia, «quisiera, antes de morir, experimentar por última vez la solidez de mis convicciones religiosas. Hace veinte años, me dijo, que soy ministro del santo Evangelio.—¿Ministro

del santo Evangelio? le dije, y ¿vos lo creeis sencillamente? — ¡Sí, por cierto! me contestó un poco sorprendido. — ¿Y quién buenamente os ha hecho ministro del santo Evangelio?—¿Quién, hé? La imposicion de manos. — ¿De qué manos? — De las manos de los ancianos. — ¿De qué ancianos? — De los ancianos de nuestro consistorio. —¿Y quién ha dado á los ancianos de vuestro consistorio el poder de imponer las manos á un hombre, y hacer de él un ministro de Jesucristo?—Son sus ancianos, los que les impusieron las manos y los hicieron ministros.—Y á los ancianos de vuestros ancianos, ¿quién les dió el poder, el divino poder de hacer esto? — Esto se remonta de consistorio en consistorio, de ministros en ministros. — Sea; pero ¿hasta dónde? —¿Hé? hasta Lutero.—Mas Lutero ¿tenia acaso este poder? ¿Quién se lo habia dado? — Era sacerdote, me dijo cándidamente aquel pobre hombre. — Sacerdote católico, sí; ministro de la Iglesia católica, sí. Pero, suponiendo que os haya podido transmitir sus poderes, sois sacerdote católico ó nada sois. Mi querido amigo, Lutero no ha podido daros sus poderes, su carácter sacerdotal, ni la mision divina que habia recibido de la Iglesia. Los presbíteros no tienen poder para imponer las manos y hacer sacerdotes; son los Obispos y sólo los Obispos los que han recibido de Nuestro Señor Jesucristo, en la persona de los Apóstoles, este divino poder, esta fecundidad divina: sin el sacramento del Orden que confieren los Obispos, y que vos no habeis recibido, ¿no es verdad? no hay sacerdotes, no

hay ministros de Jesucristo, no hay ministros del santo Evangelio, no hay pastores de almas. Vuestros ancianos no han podido transmitiros lo que ellos mismos no tenian; y aunque todos los ministros del mundo, capitaneados por Lutero y Calvino, os impusiesen las manos y hasta los piés por espacio de veinte y cuatro horas seguidas, sin comer ni beber, no estaríais más adelantado que antes. Si mi portero os impusiera las manos, ¿haria esto de vos un ministro del Señor? Todas las manos de vuestros ancianos tienen para esto el mismo poder que las manos de cualquier advenedizo. Amigo mio, añadí dándole la mano, ¿sabeis lo que sois? un hombre de bien y nada más.»

Lo era en efecto: tuve con él varias conversaciones íntimas; le puse en relaciones con algunos católicos eminentes por su saber y piedad, y el resultado de todo esto fué la completa desilusion del buen hombre, su decidida resolucion de entrar lo más pronto posible en el seno de la Iglesia y de llevar con él á sus dos hijos. En las Cevenas, á donde volvió, tuvo que sufrir toda clase de persecuciones y de enemigas asechanzas de parte de ocho ministros cuñados, primos ó vecinos suyos: su mujer estuvo para sacarle los ojos, y logró arrancarle sus dos pequeños hijos, y el pobre perseguido no pudo realizar su conversion sino en el lecho de la muerte, allá en el año de 1859.

Lo repito: sólo es ministro de Jesucristo el Sacerdote legítimamente ordenado por el Obispo, y por tal carácter tiene la facultad de celebrar el santo sacrificio de la Misa.

Los malos Sacerdotes, los Sacerdotes excomulgados ó condenados á entredicho por sus Obispos, conservan el *poder* de decir Misa y consagrar; mas carecen del *derecho* de hacerlo. Si tienen la osadía de decir Misa consagran la Eucaristía; pero cometen un pecado mortal y un horrible sacrilegio.

XI.

De las diversas formas con que se presenta la celebracion del santo sacrificio de la Misa.

Sólo un sacrificio tiene la Iglesia, lo mismo que una sola fe, una sola Religion, un solo Dios. Pero este sacrificio único se celebra bajo diversas formas, á fin de hacer á todos sensible el objeto especial con que se ofrece.

Esta diversidad de formas no altera la unidad del sacrificio, del mismo modo que la diversidad de trajes no quita á un monarca la unidad de su persona. Que un rey se revista del traje militar para dirigir su ejército, que ciña la corona, empuñe el cetro y eche el manto real sobre sus hombros para presidir una gran asamblea pública, ó que vista de particular en el interior de su palacio, en el fondo es siempre el mismo hombre, el rey. Lo mismo sucede con la Misa: que sea rezada ó sea cantada, que sea solemne ó que no lo sea, que el celebrante se revista de un ornamento blanco ó rojo, morado ó negro, es siempre la Misa, el mismo y único sacrificio de Jesucristo.

Hay en primer lugar la Misa rezada y la Misa mayor. La rezada es aquella en la que el sacerdote no hace más que leer y recitar las oraciones; en la Misa mayor una parte de ella se canta con más ó menos solemnidad, sea por el celebrante solo, sea por los chantres y por el pueblo. En la Misa mayor ordinariamente asisten al celebrante un diácono y un subdiácono, que cantan el uno el *Evangelio* y el otro la *Epístola:* por el contrario en la Misa rezada el sacerdote está solo en el altar, y sólo es asistido por un fiel, un clérigo ó lego, hombre ó niño.

La Misa rezada ó cantada se celebra con ornamentos blancos en las fiestas de Nuestro Señor, excepto las de la Pasion, en las del Santísimo Sacramento, en la de la Santísima Vírgen sin excepcion, en la de Todos Santos y en todas las de los Santos y Santas que no padecieron martirio, y en todo el tiempo pascual, á menos que coincida una fiesta de mártir. Se emplean los ornamentos colorados en las Misas de Pentecostes y del Espíritu Santo y en las de mártires: los ornamentos morados durante todo el Adviento; desde el domingo de Septuagésima hasta el fin de la Cuaresma, y en todos los dias de ayuno, á menos que se celebre una fiesta en la que correspondan ornamentos blancos ó encarnados. Se usan los ornamentos verdes los domingos y todos los dias en que no hay fiesta especial, desde la Epifanía hasta el domingo de Septuagésima, y desde el dia de Pentecostes hasta el Adviento. Por último, el sacerdote se reviste de ornamentos negros en el Viernes Santo y en las Misas de difuntos.

El blanco es el color de la alegría, de la inocencia, del triunfo y de la gloria; es, por consiguiente, el color propio del Niño Jesús, de la resurreccion y del cielo; es el color propio del Santísimo Sacramento, de la Santísima Vírgen y de los Santos. El encarnado es el color del fuego y la sangre, y el adecuado al ferviente amor y al ansia del martirio. El morado corresponde á la penitencia; el verde á la esperanza, y el negro es el propio de la muerte y del sepulcro.

Con esta diversidad la Iglesia ayuda á los fieles á entrar en el espíritu de los misterios ó de las fiestas en honor de las que se celebra la santa Misa.

XII.

De lo que de esto puede deducir un ministro protestante.

Uno de los más ilustres entre ellos, el celebérrimo Napoleon Rousselle, observó con su mirada de águila las diversas formas con que se presenta la celebracion de la Misa católica, y no vaciló ni un instante: habia visto y proclamado que entre nosotros la Misa se dice tan pronto en blanco, tan pronto en rojo, tan pronto en negro. No le cabia la menor duda; lo habia visto, lo que se llama visto, con sus propios ojos, con sus ojos de ministro protestante; y habia visto otras muchas cosas. Vamos á ver, decia gravemente:

«En el Cenáculo, Jesucristo celebra la Cena y

tiene al derredor sus doce Apóstoles; en la Misa el Sacerdote católico está solo con su ayudante (no invento: es posible que estas no sean sus palabras textuales, porque no tengo á mano el libro del ministro; pero garantizo la exactitud rigurosa del sentido). En el Cenáculo el Cristo celebra la Cena con su traje ordinario; en la Misa el sacerdote está revestido de ornamentos extraordinarios.

«En el Cenáculo el Cristo usa la lengua vulgar; en la Misa el celebrante se sirve de un idioma desconocido (del sabio pastor). En el Cenáculo el Cristo celebra una sola Cena; los sacerdotes católicos tienen una gran diversidad de Misas, la Misa blanca, la Misa encarnada, la Misa negra; la rezada, la cantada. En el Cenáculo el Cristo tenia sus largos cabellos de Nazareno flotando sobre sus espaldas; los sacerdotes católicos tienen los cabellos cortos y áun rasurado en forma de corona. Y áun podríamos, añadia Napoleon con una seriedad aterradora, podríamos muy bien llevar mucho más allá este paralelo decisivo.»

¿Qué dices, caro lector? ¿Es posible arrastrar á mayor extremo la ridiculez del raciocinio? ¿Puédense tomar por diferencias positivas circunstancias accidentales, tan insignificantes, tan fuera de la cuestion? Segun tales argumentos, para ser cristiano fuera preciso hablar la lengua siro-caldea, que usaba Nuestro Señor; tener los cabellos del mismo corte, del mismo color que los suyos; ser de su misma talla; llevar su propio traje, el que se usaba en aquella época en Jerusalen; no decir la

Misa, sino en el Cenáculo, sobre el monte Sion, y tener siempre á mano los doce Apóstoles, incluso Judas.

Hé aquí hasta dónde puede llegar la ignorancia, la preocupacion de los enemigos de la fe. Engendran monstruos con las cosas más sencillas; atacan nuestros santos misterios con argumentos disparatados. ¡Qué diferencia, gran Dios, entre la sabiduría dulce y razonada de la Iglesia, y las necedades de los que blasfeman de su doctrina!

XIII (1).

Cuán santas y venerables son las ceremonias de la Misa.

Cuanto más grande es una cosa ó una persona, más natural es rodearla de respeto y de obsequios. Cuando un soberano honra con su visita una ciudad ó una fortaleza, se hacen todos los esfuerzos imaginables para hacerle una recepcion digna de su majestad: nada se juzga demasiado bueno; nada se escasea. ¿Puede causar admiracion que los santos Apóstoles y los primeros Soberanos Pontífices, al arreglar el culto divino, hayan rodeado de augustas ceremonias la divina visita que el Rey del

(1) Los lectores que deseen explicaciones más extensas y detalladas sobre las ceremonias de la Misa, las hallarán en un opúsculo que expresamente he compuesto con el título de los *Santos Misterios*. Las explicaciones que voy á exponer, son un compendio de aquel trabajo.

cielo se digna hacer diariamente á la tierra por medio de la consagracion eucarística.

Las ceremonias que preceden á la consagracion son como los preparativos para la llegada del gran Rey Jesús. Cuando este Rey celeste aparece, todo el mundo se postra y adora en silencio. Las demás, las que siguen á la consagracion y terminan la Misa, preparan al sacerdote y á los cristianos á recibir por la Comunion al adorable Visitador, y á darle gracias por su amor misericordioso.

Es muy importante comprender, en lo esencial al menos, las ceremonias de la Misa; de lo contrario hay peligro de asistir á los divinos oficios como una bestia curiosa, y de decir disparates, que en el fondo son verdaderas blasfemias, si de ella se llega á hablar.—Al principiar la expedicion de Crimea, el capellan del buque almirante se presentó en la noche de un sábado en el camarote del almirante á fin de tomar sus órdenes para la celebracion de la Misa militar del dia siguiente. El almirante estaba rodeado de todo su estado mayor, y fumaba en compañía de un alto personaje, más célebre por el cinismo de su impiedad, que por sus hazañas militares. El capellan era un excelente sujeto lleno de ingenuidad y franqueza. « Almirante, le dijo, no sé si mañana podrémos tener Misa á bordo; todo está embarazado. » Titubeaba el almirante, cuando el alto personaje tomó bruscamente la palabra. «En cuanto á mí, no comprendo la Misa, dijo con insolente desden. Por lo que hace á la prédica protestante, enhorabuena! Pero vuestra Misa no es más

que un atajo de monadas: nada se entiende. El celebrante va de derecha á izquierda, gesticula; es cosa que carece de sentido comun!»

Un momento de silencio acogió tan impertinente burla.

El capellan, sin dejarse intimidar, mirando fijamente á su interlocutor, le dijo tranquilamente: «Monseñor, cuando se ocupa una posicion tan alta como la vuestra, no está bien el decir tonterías.» Y despues de saludar al almirante, fué á prepararlo todo. Parece que los oficiales soltaron una risa burlona; pero no fué á expensas del capellan.

Es por lo tanto muy útil comprender la significacion de las ceremonias de la Misa.

El concilio del Trento nos declara que, entre las cosas santas, ninguna es tan venerable, ninguna tan sagrada como «esas bendiciones, llenas de misterios, que han instituido y legado á la Iglesia los Apóstoles mismos.» Estas ceremonias, esas bendiciones que encubren el misterio de la Eucaristía como la nube del monte Tabor encubrió á Jesús transfigurado, no sólo son ciertas por su orígen, lo son tambien por las cosas santas que significan.

Las ceremonias de la Misa tienen por objeto recordar y resumir, al rededor de la misma persona de Jesucristo eucarístico, todo el conjunto del magnífico universal misterio de este divino Salvador. Por este motivo los sacerdotes y todos los que asisten al altar, las deben respetar infinitamente y observar con religiosidad. Es preciso observarlas literalmente con gran fe, religion y amor, y

ejecutar todo lo prescrito por la Iglesia, del modo como está prescrito y porque está prescrito, sin quitar ni añadir cosa alguna.

XIV.

Lo qué significa el altar donde se dice la Misa.

El altar representa á Nuestro Señor, Rey de gloria y centro inmutable de la Religion, de los Angeles y de los hombres.

El altar debe ser de piedra. Si fuese de madera ó de bronce, y áun de plata ú oro, seria preciso que fuera de piedra el lugar donde se ofrece el sacrificio: llámase á esta piedra *piedra de altar*. El altar (ó la piedra de altar, que son una misma cosa) está consagrado por el Obispo, que lo marca con cinco cruces en honor de las cinco llagas que Jesucristo conserva eternamente en su cuerpo glorificado; esta consagracion se hace con el santo Crisma, que es el más sagrado de los óleos santos. Despues de las unciones, quema el Obispo un grano de incienso muy puro en cada una de las cruces grabadas en la piedra.

Así consagrado, el altar significa Nuestro Señor, fuera del cual el Padre eterno no tiene por agradable ningun homenaje religioso, ninguna adoracion, sacrificio alguno.

Es Jesucristo, como ya hemos dicho, el centro y el fundamento vivo de la sola Religion verdadera que comenzó con los Angeles y con Adan al prin-

cipio del mundo, y no concluirá con él, sino que durará en el cielo por toda la eternidad.

Jesús es la piedra viva, la piedra divinamente consagrada, la piedra angular que sostiene todo el edificio de los ángeles y de los hombres: por esto está absolutamente prohibido celebrar la Misa más que sobre una piedra de altar consagrado.

Para representar mejor el sentido velado y místico del altar, la Iglesia ha dispuesto que, al menos el altar mayor de nuestros templos, esté elevado sobre tres gradas del pavimento del santuario. Estos tres grados de elevacion simbolizan á Jesucristo glorificado, elevado sobre el tercer cielo, *tertium cœlum*, como dice san Pablo. Jesucristo, elevado sobre todos los Santos y todos los Angeles, es la cima viviente de los cielos, el manantial de la celeste bienaventuranza.

Desde lo alto del cielo es tambien para nosotros el manantial de la gracia, y por esto en la Misa el sacerdote besa el altar varias veces, indicando con esto que de allí saca en Jesucristo la gracia y la bendicion de que ha menester, y que reparte entre los asistentes en nombre del divino Salvador.

Significa, pues, el *altar* á Jesucristo, fundamento divino de la Religion y del sacrificio. De aquí se puede deducir fácilmente hasta dónde llega la santidad de nuestros altares, y por qué está prohibido, no sólo hacerles servir para usos profanos, sino ni áun para poner cosa alguna que no esté destinada al culto divino.

El santo sacerdote Olier, uno de los hombres que han rodeado de más respetos al santo Sacrificio y el Santísimo Sacramento, usaba sobre este particular de una severidad extraordinaria: un jóven clérigo del seminario de San Sulpicio, del que el señor Olier era Rector, habia sido escogido por éste para servirle la Misa, á causa de su gran piedad. Un dia el devoto jóven puso por descuido su birrete en un extremo del altar; el señor Olier le reprendió severamente por la falta de respeto, y por espacio de ocho dias le privó del honor de ayudar su Misa.

Ninguna delicadeza está de más en lo que concierne á las señales de fe y de adoracion debidas al Santísimo Sacramento y á cuanto tiene relacion con el mismo. En esta materia nada es insignificante.

Los bedeles, sacristanes y monacillos deben poner particular atencion en lo que acabamos de decir. Su descuido llega frecuentemente hasta la inconveniencia: ponen plumeros, rodillos y otros chismes sobre el altar, y yo he visto uno que para arreglar un candelero de un brinco subió sobre el altar, y allí se estuvo en pié un rato en presencia de todos los fieles.

XV.

Lo qué significa las toallas y ornamentos del altar.

Está prohibido decir Misa sin extender sobre el altar tres sabanillas de cáñamo ó lino: estas sabanillas, que deben mantenerse constantemente en un

estado de perfecta limpieza, cubren enteramente la parte superior y los dos lados del altar. La sabanilla de encima debe colgar por los lados hasta abajo. El delantero del altar debe estar cubierto con un paño ó frontal del mismo color que los ornamentos de que se sirve el celebrante para decir la Misa: si el color que corresponde á la Misa de un dia dado es el blanco, la tela que cubre el delantero ha de ser blanca; si rojo, roja; si negro, negra. Las tres sabanillas recuerdan á la piedad de los fieles un bellísimo misterio, á saber: la union de los Angeles y los Santos con Nuestro Señor Jesucristo en la gloria del paraíso.

Las tres sabanillas de hilo blanco, que cubren el altar, significan los tres órdenes ó jerarquías celestes de los santos Angeles que adoran, bendicen y glorifican incesantemente á Jesucristo, su Señor, su Dios, su Rey, su Maestro y su Criador. Y del mismo modo que las tres sabanillas cubren tres veces la parte superior del altar, del mismo modo en la gloria del cielo las tres grandes jerarquías angélicas forman nueve coros que tributan á Jesucristo todos los obsequios de una perfecta religion.

Los paños ó frontal que cubren el delantero del altar representan no ya á los Angeles, sino á los Santos, y en particular al Santo ó Santa en cuya memoria va á celebrarse aquella Misa.

En la gloria de su hermoso paraíso, Nuestro Señor está en medio de sus Angeles y sus Santos, como el sol en medio de sus rutilantes rayos. De este modo Jesús brilla y resplandece en sus Serafi-

nes, sus Querubines, sus Tronos, sus Dominaciones, sus Virtudes, sus Potestades, sus Principados, sus Arcángeles y sus Angeles, que son sus ministros y sus servidores; brilla y resplandece en todos sus Santos, en sus Patriarcas, en sus Profetas, en sus Apóstoles, en sus Mártires, en sus Confesores, en sus Vírgenes, en una palabra, en todos sus elegidos. Todos ellos son inseparables de Él, y Él es inseparable de ellos: alabarlos y honrarlos es alabar y honrar á Jesucristo; y el sacrificio de adoracion, de accion de gracias, de plegaria y de expiacion que el sacerdote va á ofrecer sobre la tierra, será acompañado en el cielo por las adoraciones y plegarias de todos los bienaventurados.

Para expresar estas grandezas, la Iglesia ordena las sabanillas y los frontales de que acabamos de hacer mencion.

XVI.

De los cirios, y de su bella significacion.

Los cirios encendidos en el altar durante la Misa, á derecha é izquierda del Crucifijo, representan tambien los santos Angeles y la union íntima de la Iglesia del cielo con la Iglesia de la tierra durante la celebracion del santo Sacrificio.

La luz es una criatura llena de misterios y maravillas, destinada á representar en el órden material y terrestre lo que es Jesucristo en el celeste y espiritual. Nuestro Señor es en efecto *la verdadera luz*

que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, como dice el Evangelio de san Juan; es la *Luz del mundo.* Los Angeles y tambien los Santos son, como acabamos de decir, los rayos vivos de esta viviente luz; son *la luz en el Señor;* son luces encendidas en la divina y eterna Luz. En efecto, ¿no dimanan del Hijo de Dios toda su santidad, toda su gloria? Por esto los Angeles son llamados á menudo por los santos Doctores, *luces celestes, estrellas, astros vivientes,* etc.

Por esta razon la Iglesia, en su orígen, ha ordenado que no se celebrara jamás el santo sacrificio de la Misa sin luces, y desde los primeros siglos ha dispuesto que las luces fuesen velas de *cera.* La cera es en efecto una sustancia muy pura recogida por las abejas en el cáliz de las flores más embalsamadas: la pureza de esta hermosa sustancia produce una luz muy viva y tranquila, una llama limpia que se eleva hácia el cielo y parece querer arrojarse á él.

Brillando así á derecha é izquierda del Crucifijo sobre las puntas de los cirios delante del sacerdote y delante de los fieles, las luces sagradas de la Misa significan la Iglesia del cielo uniéndose á la de la tierra, los Angeles que se unen á los hombres para adorar á Jesucristo, Víctima del santo Sacrificio.—El beato Francisco de Posadas, del Orden de santo Domingo, veia con frecuencia á los Angeles y á los Arcángeles asistiendo al altar, que tenian cirios encendidos, y que al alzar sostenian los brazos del celebrante. San Francisco de Asis vió

muy á menudo multitud de Angeles que rodeaban el altar.

Jesucristo es en efecto su Dios, como es el nuestro; su Criador, como el nuestro; su Señor, su Luz y su Vida eterna, como es nuestra Vida, nuestro Señor, nuestra Luz y nuestro Amor. Los rayos de Jesucristo en el cielo son los Angeles y los bienaventurados; sus rayos en la tierra son los cristianos, los fieles y en particular los sacerdotes.

Hé aquí por qué está absolutamente prohibido decir Misa sin luces, sin velas encendidas sobre el altar.

Hé aquí por qué los sacristanes, bedeles y monacillos encargados de encender las luces, no deben empezar indiferentemente por un lado ó por el otro, segun les sea más cómodo, sino que, para acordarse y recordar á los asistentes que la luz y la santidad de los Angeles provienen de Jesucristo; que Él solo es la luz eterna y el Santo de los santos, al encender las velas debe empezar por la más inmediata al Crucifijo de la mano derecha, y despues de encender todas las de esa mano, volver al centro del altar, y saludando á la Cruz, encender las de la otra por el mismo órden. Para apagarlas despues de la Misa, debe seguirse el inverso.

La luz para encender las velas debe tomarse de la lámpara del Santísimo Sacramento; la cual debe lucir noche y dia sin cesar. La razon de esta regla litúrgica es bellísima: la luz que brilla en el tabernáculo recuerda al sacerdote y á los fieles que allí, en la Santa Eucaristía, está presente Aquel

que es la Luz del mundo, la Luz de la vida, la Luz de los Angeles y de las almas. Jesucristo es el único manantial de la luz celeste que ilumina el paraíso, y que en la tierra enseña á los hombres á conocer al verdadero Dios. De la lámpara, que simboliza á Jesucristo, se debe, pues, sacar la luz para encender las velas, luz que simboliza á los Angeles, como tambien á los elegidos para la gloria.

Si los encargados del servicio de las iglesias conociesen bien y observasen religiosamente estos menudos detalles del culto divino, encontrarian en sus funciones un manantial inagotable de santificacion práctica, y no se habituarian, como sucede con frecuencia, á tratar con irreverencia las cosas santas.

Ordinariamente nada edifica tan poco como la grosera familiaridad que emplean los encargados del servicio de los templos al desempeñar sus funciones al rededor de los altares.

XVII.

Del número de velas que debe haber en los altares.

En las Misas rezadas debe haber dos velas encendidas sobre el altar á derecha é izquierda del Crucifijo.

En las Misas rezadas, dichas por un Obispo, debe haber cuatro al menos en los dias de fiesta, dos á la derecha y dos á la izquierda.

En las Misas mayores, celebradas por un simple sacerdote, debe haber seis, ni más ni menos: tres á la derecha y tres á la izquierda.

Por último, en las grandes Misas pontificales, es decir, celebradas por un Obispo, se necesitan siete, tres á la derecha y tres á la izquierda, y la séptima detrás del Crucifijo; si esto no puede ser, á la derecha; y todo lo más cerca posible del mismo.

Nada de esto es arbitrario, y hé aquí la razon.

Conviene saber que á la cabeza de los Angeles y semejante á los jefes de los ejércitos, hay *siete* grandes Angeles principales «*que* están delante del trono de Dios,» como decia uno de ellos al santo Tobías: *Yo soy el ángel Rafael, uno de los siete que están delante del trono del Señor*. La santa Escritura nos da expresamente el nombre de tres de ellos: el arcángel Miguel, el arcángel Rafael y el arcángel Gabriel.

Pues bien, estos siete grandes serafines, estos siete príncipes de la milicia celeste, son los representados por los siete cirios de la más solemne de las Misas, á saber, la Misa pontifical. El séptimo cirio que está unido, por decirlo así, con el Crucifijo, expresa el futuro triunfo de Jesucristo, cuando volverá á descender del cielo á la tierra, lleno de gloria y majestad á la séptima edad del mundo (1).

(1) Segun las antiguas tradiciones, la duracion del mundo debe dividirse, á ejemplo de los siete dias de la semana, en *siete* grandes épocas, de las que *seis* están destinadas al trabajo y la *séptima* al descanso y al triunfo.

En la Misa mayor del simple presbítero los seis cirios encendidos representan el mismo misterio; el Crucifijo, empero, que se manifiesta sin luz, recuerda aún más que el sacrificio de la Eucaristía es el sacrificio de la Iglesia militante, es decir, de la Iglesia que combate y que sufre con su divino Jefe, que con la cruz y la paciencia conquistó la vida eterna. En este combate los Angeles del cielo le asisten constantemente, y durante las *seis* edades que deben transcurrir desde la creacion del hombre hasta el segundo advenimiento del Hombre-Dios, ayudan á sus hermanos de la tierra á tributar al Hijo de Dios, Criador y Dueño de todas las cosas, el culto de adoracion, de accion de gracias y de oracion que le es debido. Las seis velas de la Misa mayor recuerdan tambien á nuestra piedad y á nuestro amor los santos Angeles que nos ayudan á glorificar dignamente aquí abajo á Jesucristo.

En la Misa rezada por el Obispo los *cuatro* cirios significan los cuatro principales de entre los siete grandes espíritus, que en nombre de todos los otros adoran á Jesucristo, unidos al Obispo celebrante y á toda la Iglesia de la tierra. El profeta Ezequiel los vió antiguamente en una célebre vision, rodeando al Hijo del Hombre, resplandecientes de lúz.

Por último, las dos velas de la Misa rezada significan y representan más particularmente al santo arcángel Miguel y al santo arcángel Gabriel, los dos principales de toda la corte angélica, que, en nombre de todos sus bienaventurados hermanos, ayudan al sacerdote y á los fieles á rendir al Señor

sus homenajes de amor, de fe viva y de adoracion perfecta.

Estos son los dos Angeles que, en un extásis, vió Isaías en el cielo, adorando al Señor y repitiendo con amor: «Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos!» El cirio encendido á la derecha del Crucifijo representa principalmente al arcángel Miguel, ángel poderosísimo y primer ministro de Jesucristo, Dios Criador. La vela de la izquierda, colocada al lado del Corazon de Jesús crucificado y glorificado, representa en especial al arcángel Gabriel, el Ángel de la Encarnacion y de la Redencion, el Ministro de Dios Salvador, de la gracia, del amor, de la misericordia.

Ved ahí lo que significa el variado número de velas y de luces que se ponen en el altar durante la Misa. Por esto está prohibido hacer variacion alguna: no se deberia, pues, bajo pretexto de hacer iluminaciones más solemnes, añadir cirio alguno á los prescritos en la *liturgia*, es decir, en la regla del culto público. Fuera del altar ó en la parte superior se pueden encender otras luces en cirios, velas, hachas ó simples bujías; pero sobre el altar es preciso atenerse al número fijado por la Iglesia. Sea por economía ó por cualquier otro motivo, no se debe suprimir una sola de las velas prescritas. Se debe procurar que la cera de los cirios sea hermosa, pura, bien blanca, y que todo se tenga en un estado de extremada limpieza. Aviso á los sacristanes!

XVIII.

Lo que significan los ornamentos sacerdotales con que el celebrante dice la Misa.

Para decir Misa, el sacerdote por encima de la sotana se reviste con seis ornamentos sagrados: el amito, el alba, el cíngulo, el manípulo, la estola y la casulla. Todos estos ornamentos deben estar benditos por el Obispo ó por su delegado. ¡Tan grande es la santidad de la Misa!

El amito es un paño de lino blanco que el sacerdote pone primero sobre su cabeza, y que baja en seguida sobre el cuello. Simboliza la pureza enteramente celeste de los pensamientos que deben sólo ocuparle mientras celebra la Misa, y la perfeccion de su fe en presencia de los divinos misterios. Esta fe es para él como el «casco de salud» que le arma contra todas las asechanzas del demonio.

El alba blanca que cubre por completo al sacerdote, significa la santidad y la inocencia divinas de Jesucristo en que el sacerdote debe estar como envuelto. San Juan Crisóstomo llama á Nuestro Señor «la gran túnica de los sacerdotes.»

El cíngulo blanco con que el celebrante ata el alba por encima de los riñones, expresa en primer lugar la perfectísima castidad, indispensable á los ministros de Jesucristo, y además el carácter de viajeros del sacerdote y de los fieles en el áspero camino de la vida.

El manípulo era en otro tiempo una especie de pañuelo puesto sobre el brazo izquierdo del Preste, lo mismo que sobre el del Diácono y el del Subdiácono que asisten al primero en el altar, el cual servia para enjugar sus lágrimas. Se ha ido transformando poco á poco en ornamento sagrado, que les recuerda que incesantemente debieran estar vertiendo lágrimas de amor y de penitencia en vista de la infinita misericordia de su Salvador, velado y humillado sobre nuestros altares. No se lleva manípulo sino en la Misa, porque la Misa es por excelencia el misterio de amor de Dios piadoso; el misterio de ternura y misericordia que debe arrebatar el corazon de los ministros de Jesucristo.

La estola es una especie de banda que representa el honor y el poder del sacerdocio de Jesucristo, de que el presbítero está revestido por medio del sacramento del Órden, y que le concede la facultad de presidir las asambleas de los fieles.

En fin, la casulla, que antiguamente era mucho más ancha y cubria enteramente al sacerdote, significa la gloria del Padre eterno segun el órden de Melquisedec; la gloria de Jesucristo, sacerdote de los sacerdotes, que, por el ministerio visible y exterior de sus ministros, ofrece incesantemente en la tierra, en medio de su Iglesia militante, el mismo sacrificio de adoracion, de alabanza y de accion de gracias que Él mismo tributa á la majestad divina con todos sus Angeles y todos los Santos en el cielo.

El color de la casulla y de los demás ornamentos

sacerdotales es siempre semejante al del frontal del altar. Como ya hemos visto, este color recuerda al sacerdote y á los fieles el misterio particular de la fiesta del dia, el Santo ó la Santa en cuyo honor se ofrece el sacrificio. En efecto, aunque el santo sacrificio de la Misa sea ofrecido únicamente á Dios omnipotente, que solo es *adorable* y *adorado* por la Iglesia, puede esto no obstante ser celebrado en honor de los bienaventurados, en accion de gracias por su santidad y dicha eterna.

XIX.

De la señal de la cruz con que comienza la Misa, y que se repite con frecuencia durante el Sacrificio.

La sagrada señal de la cruz con que comienza la Misa se repite cincuenta veces en el curso de este santo sacrificio.

Además de que la bendicion se da siempre en la Iglesia con este signo augusto, es completamente natural que aparezca con más frecuencia en la Misa, que, como hemos dicho antes, no es otra cosa que el mismo sacrificio de la Cruz bajo una forma *mística*, es decir, misteriosa y sacramental.

Para que el sacerdote y los fieles tengan presente esta unidad, esta identidad entre el sangriento sacrificio de la Cruz y el incruento del altar, la Iglesia manda á todos signarse con una gran señal de la cruz en el momento mismo de empezar la Misa.

Es menester que la señal de la cruz se haga con mucha religion, respeto, fe y piedad; es preciso hacerla gravemente y pensando en lo que se hace, con la mano extendida desde el medio de la frente hasta el medio del pecho; y despues desde el hombro izquierdo hasta el hombro derecho, sin disminucion alguna, de manera que las cuatro partes de la cruz sean poco más ó menos de la misma longitud. Nada es más edificante que esta bella señal de la cruz formada de este modo grave y religiosamente.—El P. de Ravignan, de santa y dulce memoria, conmovia á su inmenso auditorio de Nuestra Señora de París sólo con el modo de hacer la señal de la cruz al comenzar sus célebres pláticas. Un ministro protestante, que fué á oirlo por curiosidad, al ver santiguarse al santo Religioso, segun su habitual costumbre, se volvió al que tenia al lado y no pudo menos de decir: «Ya ha predicado su sermon. No tiene necesidad de hacer uso de la palabra para ganar á su auditorio.»

La señal de la cruz resume y por consiguiente recuerda el Cristianismo; trae á la memoria el misterio de la Santísima Trinidad, el misterio de la Encarnacion y el de la Redencion; el misterio de la unidad de la Iglesia, de la que es el signo; el misterio de la gracia y de la salud eterna, que proviene de los méritos de Jesucristo; recuerda todas las virtudes que forman la vida cristiana, como son: la humildad, la pobreza, la castidad, la obediencia, significadas por las cuatro partes de la cruz,

la caridad, el amor de que es significacion, el centro donde se reunen.

¿De qué manera acostumbramos á hacer la señal de la cruz? Examinémonos sobre este punto, y si lo conocemos conveniente, reformemos el modo de hacerlo, principalmente en la Misa y durante los oficios de la Iglesia. Los hay que hacen la señal de la cruz como si se espulgasen el rostro ó si espantasen las moscas.

XX.

Lo que representa el sacerdote al pié de la grada del altar.

El sacerdote empieza siempre la Misa al pié de las gradas del altar, y no sube sino despues de ciertas oraciones y ceremonias que expresan penitencia y humillacion. Recita un hermoso salmo y despues el *Confiteor,* que es la confesion, el reconocimiento de sus pecados en general: el que le ayuda hace otro tanto, y el sacerdote nunca sube á la grada del altar hasta despues de haberse así humillado y purificado con la contricion. Cuando es dicho con devocion, el *Confiteor* tiene la virtud de borrar todos nuestros pecados veniales. Es uno de los *sacramentales* de la Iglesia.

Así humillado y penitente al pié del altar, confundido, por decirlo así, con el pueblo, el sacerdote representa á Nuestro Señor, que para salvar al mundo, y devolver con esto á Dios su Padre la gloria que el pecado le habia arrebatado, se humi-

lló, se anonadó durante treinta y tres años sobre la tierra, confundido con los pecadores.

En el altar, en la sagrada Eucaristía va á ofrecer el mismo sacrificio que en otro tiempo, y una vez por todas, salvó al mundo en el Calvario. Hé aquí por que la Misa comienza, no sobre las gradas del altar, sino al pié de éstas, en el suelo, al nivel del pueblo.

El sacerdote, una vez en el altar y permaneciendo en él hasta el fin de la Misa, es Jesucristo, Sacerdote y Víctima celeste, ofreciendo en medio de los Angeles á la gloria de Dios en el cielo, el sacrificio de adoracion, de amor y de propiciacion que su Iglesia ofrece sobre la tierra en la Eucaristía.

Por todo esto el sacerdote en el altar debe ser un hombre todo celeste, y más bien ángel que hombre. Por mejor decir, debe ser otro Jesucristo todo lleno del Espíritu Santo, todo poseido por Jesús, ardiendo todo de amor, iluminado todo con los divinos resplandores de la fe.

XXI.

Lo que significan el Introito, el Kyrie y el Gloria.

El *Introito* es una breve oracion con que comienza siempre la Misa, que recuerda el misterio ó fiesta que se celebra en aquel dia, como tambien el espíritu y los sentimientos en que es preciso entrar.

El *Kyrie* es una plegaria compuesta de nueve invocaciones á las adorables personas de la Trinidad. *Kyrie eleison*, *Christe eleison* son palabras griegas escritas en latin. Con efecto, el uso del *Kyrie* proviene del Oriente, de la Grecia, de donde le importaron los Apóstoles.—En la basílica de San Dionisio, cerca de París, por uso inmemorial se celebra en griego la Misa mayor de la fiesta de su patron, apóstol de las Galias, san Dionisio: era griego de nacion: fué convertido por san Pablo, que le nombró Obispo de Atenas; de allí fué á Roma, y de Roma fué enviado á evangelizar las Galias. Primer Obispo de París, coronó gloriosamente su mision por medio del martirio. En memoria de este recuerdo apostólico se cantaba en griego la Misa de san Dionisio. Una buena mujer que habia asistido á una de estas Misas, volvió llena de admiracion, diciendo con sencillez: «Lo han cantado todo en griego, menos el *Kyrie!*»

En cuanto al *Gloria* ó himno angélico, es una magnífica oracion, cuyas primeras palabras han sido cantadas por los Angeles mismos en el cielo y en presencia de los pastores en Belen; dicen que fué compuesto por san Hilario, obispo de Poitiers, en el siglo IV.

El *Kyrie* y el *Gloria* expresan lo que hemos dicho antes al hablar de las velas, á saber: que los santos Angeles se unen á la Iglesia de la tierra durante la celebracion del santo Sacrificio; que el sacerdote en el altar está más bien en el cielo que en la tierra, y que con los nueve coros de Angeles adora,

alaba, bendice y ruega al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Las nueve invocaciones del *Kyrie* responden á los nueve coros angélicos; los tres primeros se dirigen á Dios Padre; las tres siguientes á Dios Hijo Jesucristo, nuestro Salvador, y las tres últimas al Espíritu Santo, verdadero Dios, que vive con el Padre y con el Hijo.

Durante estas angélicas plegarias del principio de la Misa los fieles, no menos que el sacerdote, deben adorar y rogar á Dios piadoso con sentimientos celestiales por completo; y durante toda la Misa deben permanecer en esta union interior con los Angeles, á fin de tributar más dignamente sus homenajes religiosos á Nuestro Señor Jesucristo, Sacerdote y Víctima, Dios del cielo y de la tierra, Señor de los Angeles y de los hombres. ¡Qué cosa tan grande es la Misa! Es más bien celestial que terrestre, más bien divina que humana. ¡Con qué devocion tan profunda se debe asistir á ella!

No siempre se dice el *Gloria* en la Misa: salvo los dias de fiesta de algun Santo se omite durante todo el Adviento, desde la Septuagésima hasta el fin de la Cuaresma, lo mismo que en los dias de ayuno y de penitencia. Tampoco se dice en las Misas de *Requiem,* es decir, en las Misas de difuntos.

Siempre que se omite el *Gloria* se reemplaza el *Ite Missa est* con el *Benedicamus Domino,* y en las Misas de difuntos con el *Requiescant in pace*.

XXII.

De los Dominus vobiscum.

Durante la Misa el sacerdote saluda al pueblo fiel con la frase sencilla y majestuosa, tomada de los Patriarcas: *Dominus vobiscum*, es decir: «¡Que el Señor sea con vosotros!» y el que ayuda la Misa en nombre de todos le responde: *Et cum spiritu tuo*, que significa: «Y con vuestro espíritu.»

Nuestro Señor derrama el Espíritu Santo sobre su Iglesia para unirse á ella; para comunicarle su vida, su santidad, sus virtudes, distribuye en ella los siete dones del Espíritu Santo: el don del *temor*, que produce en los cristianos el horror al pecado y un gran celo por la santidad; el don de *piedad*, que les presta un tierno y filial amor á Dios su Padre celestial, á la Santísima Vírgen su Madre, y un amor enteramente fraternal á su prójimo; el don de *ciencia*, que les enseña á ver á Dios y á su Cristo al través de los misterios de la naturaleza; el don de *fuerza*, que les comunica el sobrenatural poder de vencer al demonio, al mundo y á la carne; el don de *consejo*, que les hace discernir infaliblemente las inspiraciones de Dios de las sugestiones del diablo, y que les da una prudencia y una sabiduría divinas; el don de *inteligencia*, que les ilumina sobrenaturalmente en lo relativo al grande y universal misterio del Verbo encarnado, principio y fin de todas las cosas; en fin, el don de la

sabiduría, que les causa el gusto á las cosas divinas, el amor íntimo á Nuestro Señor, y les une perfectísimamente á su adorable Maestro.

Viviendo en sus sacerdotes, sigue Nuestro Señor iluminando y santificando su Iglesia, y como la Misa es el centro, el corazon y como el sol de la santidad en la Iglesia, el sacerdote que la celebra, ó por mejor decir, Jesucristo, que la celebra por el sacerdote y en el sacerdote, derrama siete veces el Espíritu Santo en los fieles con los siete *Dominus vobiscum*.

Los fieles devuelven piadosamente este deseo de santidad como un espejo que recibe un rayo de sol y le refleja conservándolo. En la Misa el sacerdote y los fieles no tienen más que un corazon y una misma alma; Jesucristo vive en todos y en cada uno, y da sin tasa su Espíritu y su gracia á todos los que poseen un corazon bien dispuesto.

Débense recibir y devolver estas bienhechoras salutaciones del sacerdote con tanto respeto como reconocimiento.

Al decir al pueblo los *Dominus vobiscum*, el sacerdote entreabre los brazos para mostrar que la gracia que les desea proviene del adorable Corazon de Jesús, santuario del Espíritu Santo.

XXIII.

De las Oraciones, la Epístola y el Evangelio.

Despues del *Gloria* pasa el sacerdote al lado izquierdo del Crucifijo y al derecho de los asistentes, y allí con las manos extendidas y los brazos abiertos recita ó canta las Oraciones; despues lee la Epístola, sacada, sea del Antiguo, sea del Nuevo Testamento, y en seguida reza una corta oracion, llamada *Gradual*, es decir, oracion de marcha, de procesion. Con efecto, durante el *Gradual* es cuando el diácono en la Misa mayor se prepara á cantar el *Evangelio*, y va procesionalmente al lugar donde debe desempeñar esta santa funcion,

Despues del *Gradual* deja el sacerdote el lado izquierdo para pasar al derecho. En el altar la derecha y la izquierda se entienden siempre con relacion al Crucifijo. La izquierda se llama el lado de la Epístola y la derecha el lado del Evangelio. En este es efectivamente donde el sacerdote, medio vuelto hácia el pueblo y juntas las dos manos, lee el santo Evangelio; cuando acaba lo besa con respeto, y vuelve al centro del altar. — Durante el Evangelio todo el mundo debe ponerse en pié.

Diciendo el sacerdote las Oraciones en el sitio donde ha comenzado la Misa, y recitando la *Epístola*, representa á Nuestro Señor Jesucristo, eterno Hijo de Dios, Rey y Señor de los Angeles, de Adan, de los Patriarcas y de los Profetas, y desde el principio del

mundo objeto de sus adoraciones, de su fe, de su esperanza y de su amor. En efecto, era Él, y no el Padre ni el Espíritu Santo, quien bajo una forma humana se aparecia á Adan y á los Santos de la Antigua Ley, los llenaba de su Espíritu y oraba en ellos y con ellos. Esto es lo que significa el sacerdote orando solemnemente en el lado del Intróito y de la *Epístola,* al lado de la antigua Alianza.

Pero como una Alianza nueva, la Alianza evangélica, la Ley de gracia, debia suceder á esta primera Alianza, á la ley del temor; el sacerdote, representando siempre al Sacerdote eterno Jesucristo, pasa del lado izquierdo al derecho, del lado de la *Epístola* al del *Evangelio,* del lado de la antigua Ley al lado de la Ley nueva.

Y como el fin de la antigua Alianza, lo mismo que el principio de la nueva, han sido marcados con la Crucifixion del Hijo de Dios, el sacerdote, al pasar de un lado del altar al otro, se para ante el Crucifijo, eleva á él los ojos, y se inclina profundamente para traer á la memoria las humillaciones de la divina Víctima del Calvario.

El sacerdote, y con él todos los fieles, trazan con el pulgar de la mano derecha un signo de la cruz sobre la frente, otra despues sobre sus labios y una tercera por último sobre su corazon, antes de comenzar la lectura del Evangelio, á fin de santificar su espíritu, sus palabras y su corazon, y además para demostrar que no se avergüenzan de creer en el Evangelio, dan fe á todos los misterios y á todas las palabras de Jesucristo, y que están dispuestos á

confesarlos con la boca, teniendo á Jesucristo en el corazon.

En este momento de la Misa, antiguamente todos los caballeros sacaban las espadas de sus vainas y las tenian en la mano durante todo el tiempo que duraba la lectura del *Evangelio*, mostrando con esto que eran los súbditos del gran Rey Jesús, y que estaban prontos á defender sus derechos, su honor y su Iglesia áun con peligro de su vida, y no volvian el acero á la vaina hasta el fin del *Credo*, despues de haberla blandido en el aire en señal de valentía. ¡Qué hermosos usos! ¡qué noble era esto! ¡qué cristiano! ¡Ay! ¿dónde están esos tiempos de fe?

XXIV.

Del Credo.

El *Credo*, ó símbolo de la fe, se dice en los dias de gran festividad, lo mismo que durante las octavas, los domingos y los dias de fiesta de Apóstoles y santos Doctores. Débese estar en pié durante el *Credo*, lo mismo que durante el *Evangelio*. Recitalo el sacerdote en medio del altar con las manos juntas mirando al Crucifijo. Cuando llega á las palabras: «*Et homo factus est:* y se hizo hombre,» hace una genuflexion. Al fin del *Credo* hace una gran señal de la cruz.

En efecto, la fe en Jesucristo, Dios hecho hombre, Redentor del mundo, resume y hace resplandecer todos los demás misterios del *Credo*. Creer

en Jesucristo es creer en un solo Dios viviente y verdadero; es creer en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; es creer en el misterio de la Encarnacion, en el misterio de la Redencion, que se han verificado en la persona misma de Jesucristo; es creer en el misterio de la Iglesia, es decir, en el reino de la fe celeste y terrestre de Jesucristo aquí abajo; en fin es creer en la remision de los pecados, en la resurreccion de la carne, en la vida eterna de que Jesucristo nos ha hecho merecedores con el sacrificio de la Cruz, presentado perpétuamente en nuestros altares bajo la forma incruenta.

Rezando el *Credo* con el sacerdote, es preciso dar gracias á Nuestro Señor por habernos hecho cristianos y pedirle el don de una fe muy viva, muy pura é inquebrantable. En el cielo verémos al descubierto las grandes realidades á que ahora damos crédito sin verlas. Lo verán sólo los que hayan creído; los otros tendrán la paga de su incredulidad en las eternas tinieblas.

XXV.

Del Ofertorio y de lo que le sigue hasta el Prefacio.

Despues del Credo empieza la preparacion inmediata del santo Sacrificio.

El sacerdote lee desde luego una corta oracion llamada *Ofertorio*, es decir, oracion de la ofrenda, semejante á la oracion del *Intróito*, y despues á la de la *Comunion*. El objeto de estas tres oraciones

es reanimar en el corazon del sacerdote y de todos los asistentes el recuerdo de la fiesta y el misterio del dia.

El celebrante ofrece en seguida y bendice el pan ú hostia, que se cambiará muy pronto en Cuerpo adorable de Nuestro Señor, y luego el vino, que se cambiará en su preciosa Sangre. Al vino puro le mezcla en el cáliz una ó dos gotas de agua para significar primero la humanidad santa de Jesús, unida á su divinidad y formando con ella una sola persona divina, Víctima del sacrificio de la Cruz y del altar; en segundo lugar, la union de la Iglesia de todos los fieles con Jesús, la Víctima santa; por último, significa el agua y sangre que fluyeron del costado del Salvador crucificado, cuando poco despues de su muerte un soldado de Pilatos le atravesó el corazon.

Despues del Ofertorio los fieles llevaban en otro tiempo al sacerdote las sagradas ofrendas, es decir, el pan, el vino, el aceite y la cera de las limosnas. Con ayuda de sus diáconos y de los otros ministros, el sacerdote guardaba el pan y el vino necesarios para el santo Sacrificio y hacia poner aparte el resto de las ofrendas, las que servian para la manutencion del clero, el mantenimiento de las iglesias y el alivio de los pobres. El sacerdote se lavaba las manos antes de continuar la santa Misa; era más que conveniente, era necesario. En el dia, que las costumbres han cambiado, continúa el lavatorio de manos, no sólo como un piadoso recuerdo de la antigüedad, sino tambien para recordar

al sacerdote la absoluta pureza con que debe tocar las cosas santas y celebrar el adorable misterio del altar.

Por última vez antes de la elevacion, el sacerdote se vuelve hácia el pueblo y le invita á redoblar el fervor y el recogimiento en sus oraciones á medida que se acerca el solemne momento de la consagracion. Desea en nombre de Jesucristo para sus hermanos la gracia de una oracion muy perfecta, diciendo estas palabras tan sencillas como expresivas: «*Orate, fratres:* rogad, hermanos.» Y él mismo empieza á poner en práctica esta exhortacion, esta gracia, recitando por lo bajo, íntimamente unido á Jesús, á los Angeles y á los bienaventurados, la oracion llamada *secreta.*

El sacerdote termina esta oracion en alta voz, como para hacer participar á la Iglesia de la tierra de la oracion del Padre celestial y de la Iglesia del cielo, y pronuncia las grandes frases de la eternidad: «*Per omnia sæcula sæculorum:* En todos los siglos de los siglos.»

La Iglesia de la tierra oye esta voz, y uniéndose en efecto á la plegaria secreta, enteramente divina de Jesús y de toda la corte celestial, responde: «*Amen,* es decir: Así sea;» ó bien: «Así es.» La palabra *Amen* tiene estas dos significaciones; es á la vez una súplica y una afirmacion.

En la Misa es preciso decir siempre los *Amen* con gran fe en vez de pronunciarlos por rutina y á la ligera como sucede frecuentemente.

XXVI.

Del Prefacio y del Sanctus.

La expresion *prefacio* significa «lo que se dice antes.» El *Prefacio* es una solemne oracion más angelical que humana, en la que todos los Angeles, Arcángeles, Querubines y Serafines están convocados y llamados públicamente por ministerio de la Iglesia para venir á ayudarla y á ayudarnos á todos á adorar dignamente á Jesús en la Eucaristía, y por Jesús á adorar dignamente á la Trinidad santa, el solo Dios verdadero viviente, el Dios del cielo y de la tierra.

En las Misas mayores el celebrante canta el *Prefacio* con una nota bella sobre toda comparacion, que la Iglesia ha tomado de la antigüedad griega y hebrea. Pienso que el oido del hombre no puede escuchar un canto más grandioso, más puro, más conmovedor, más divino que el del *Prefacio* cuando el celebrante lo canta bien.

Termina el sacerdote el *Prefacio*, juntando las manos, inclinándose profundamente y recitando, en nombre de la Iglesia de la tierra con la Iglesia del cielo, el *Sanctus*, cuyas palabras son tomadas en parte del profeta Isaías y en parte del santo Evangelio.

El principio del *Sanctus* es el grito de amor y de adoracion de los Serafines prosternados en el cielo delante del Señor; el fin es el saludo, el *hosanna*

triunfal con que el mismo Señor encarnado recibió las aclamaciones de todo Israel el dia de su entrada en Jerusalen.

Es Él, el mismo Jesús; el Hijo de Dios hecho hombre, el Rey de los Angeles y el Rey de Israel, quien va á descender al instante del cielo á la tierra, y aparece en medio de su cara Jerusalen de la tierra en medio de su nueva Israel, bajo los velos de la Eucaristía!

XXVII.

Lo que representan las manos extendidas del sacerdote.

Durante el *Prefacio* y durante las oraciones del *Cánon* (1) el sacerdote tiene los brazos abiertos y elevadas y extendidas las manos, vueltas la una hácia la otra.

La Iglesia hace orar así al sacerdote, durante las *Oraciones*, durante el *Prefacio*, el *Cánon* de la Misa y el *Pater noster*, para recordar que el sacrificio del altar es el mismo que el del Calvario, y que desde el principio hasta el fin del mundo la verdadera plegaria, agradable á Dios, ha sido hecha, se hace y se hará en union de Jesús crucificado, por Jesucristo y en Jesucristo.

Las dos manos del sacerdote consagradas por el

(1) *Cánon* es una palabra griega que significa *Regla.* Llámase así esta parte de la Misa porque es una regla invariable de oraciones que no se cambia en festividad alguna, y que se remonta hasta los tiempos apostólicos.

Obispo el dia de la ordenacion, representan los dos grandes arcángeles san Miguel y san Gabriel, que el profeta Isaias veia en adoracion delante del Señor, que Moisés mandó que figurasen en el Santo de los Santos, en adoracion delante del *Propiciatorio* del Arca de la alianza; que la Iglesia simboliza en el altar, durante el santo Sacrificio, por medio de las dos velas encendidas á derecha é izquierda del Crucifijo, como ya hemos visto.

Las manos del sacerdote en la postura que se acaba de indicar, significan las súplicas reunidas de la Iglesia de los Angeles y la Iglesia de los hombres, que adoran de consuno y ruegan á Jesucristo, el Dios del altar.

Representan en fin el Antiguo y Nuevo Testamento, los elegidos de la antigua Alianza y los de la nueva, ofreciendo á Dios sus alabanzas y sus oraciones por el mismo Jesucristo, Mediador del uno y del otro. ¡Oh! ¡qué santas y sagradas son las manos de nuestros sacerdotes! En los países donde hay fe es costumbre besárselas religiosamente en las calles, en paseo, en todas partes donde se les encuentre. En Roma he visto muchas veces á los niños dejar sus juegos para ir á besar la mano á un sacerdote que pasaba. He visto tambien labradores en el Tirol que dejaban por un momento sus arados al divisar un sacerdote, y llegarse á él, pedir su bendicion, besar su mano y volverse gozosos á su trabajo.

Durante las primeras *Oraciones* de la Misa las dos manos extendidas del sacerdote representan

con más especialidad los dos Testamentos, adorando á Jesucristo, el Dios de los Patriarcas y de los Profetas, y tambien la Iglesia de los Angeles uniéndose á la Iglesia patriarcal y mosáica para tributar al verdadero Dios, siempre por Jesucristo, los homenajes que le son debidos.

Durante el *Evangelio* y durante el *Credo* están juntas, representando á los Angeles y á los hombres, á la antigua Alianza y á la nueva, unidas en una misma fe y en un mismo amor hácia Jesucristo, el Dios del Evangelio, el Dios de la Iglesia, el Dios de la Eucaristía.

XXVIII.

Del Cánon de la Misa y la Consagracion.

Desde el *Sanctus* todo el mundo debe estar de rodillas con el recogimiento más profundo, y esperando la venida de Nuestro Señor Jesucristo sobre el altar por medio de la *Consagracion*. En la iglesia debe reinar el mayor silencio.

En algunos países un momento antes de tocar á *Sanctus* el que ayuda la Misa enciende una vela colocada cerca de él en un candelero, ó bien fijada en la pared en el lado de la *Epístola*. Esta vela encendida denota, por una parte, la fe viva y ardiente de los fieles por la presencia real del Señor en la Eucaristía; y de la otra, á Jesucristo mismo, resucitado y glorificado, Luz del mundo, presente en el altar.

No se apaga esta vela hasta despues de la Comunion de los fieles: durante ésta el ayudante la lleva en la mano, precediendo al sacerdote y acompañando por honor al Santísimo Sacramento.

Las oraciones del *Cánon* datan de los tiempos primitivos de la Iglesia. Antes de consagrar el sacerdote conmemora á toda la Iglesia militante, al Soberano Pontífice, al Obispo de la diócesis, á todos los cristianos y en particular á los concurrentes y á aquellos que más especialmente están recomendados á sus oraciones.

En seguida convoca é invoca á toda la Iglesia triunfante, á la santísima Vírgen, á san Pedro, san Pablo, á todos los Apóstoles, todos los Mártires, todos los Santos; porque el Rey del cielo y de la tierra va á descender á sus manos.

Bendice y santifica repetidas veces el pan y el vino que ván á consagrarse, y terminadas todas las preparaciones, se inclina, y Jesús consagra por él, con él y en él primero el pan en su Cuerpo y despues el vino en su Sangre.

En cada una de estas consagraciones el sacerdote hace una genuflexion y adora á su Dios, y le eleva por encima de su cabeza para hacerle ver á todos los asistentes y hácesele adorar; despues de haberlo depositado en el altar le adora de nuevo, haciendo la genuflexion.

La *Consagracion* ó la *Elevacion* es el momento más solemne, el más divino de la Misa. Es como el centro del santo Sacrificio. Por la *Consagracion* el Hijo de Dios y la santísima Vírgen, el dulce Salvador,

se hace presente real y verdaderamente en nuestros altares bajo la apariencia de pan y vino.

La hostia consagrada *parece* ser pan y es en realidad el Cuerpo viviente de Jesucristo, Cuerpo celestial y divino, resucitado y todo deífico, á quien no pueden ver nuestros ojos terrestres, pero á quien verémos cara á cara en la gloria del cielo luego que, á nuestra vez resucitados, nos hallemos en el cielo con nuestro divino Jefe. Con el Cuerpo de Jesús, su Sangre, su alma y su divinidad están en la santa Hostia.

En el cáliz el vino consagrado *parece* vino, mas esto no es más que una simple *apariencia*, pues en realidad es la Sangre adorable de Jesucristo. Con su Sangre están su Cuerpo, su alma y su divinidad, inseparables unos de otros.

Y no es solo Jesús, la segunda persona de la Santísima Trinidad, la que está presente en el altar; están con Él Dios Padre y Dios Espíritu Santo, la Trinidad entera, porque el Padre y el Espíritu Santo son inseparables del Hijo.

Y así la Eucaristía es realmente Dios piadoso presente en el altar; es Jesucristo corporalmente presente bajo las apariencias de pan y vino; es el Señor, centro viviente del cielo en quien reside corporalmente la plenitud de la Divinidad. Al rededor de la Eucaristía están en adoracion todos los Angeles; deberian estarlo tambien todos los hombres, y áun deberian estarlo, si esto fuese posible, con más celo aún; porque por ellos y no por los Angeles el Señor del cielo se hace sacramentalmente presente en la tierra.

Jesús no está presente en la tierra sino por medio del Santísimo Sacramento, y en consecuencia por medio del santísimo Sacrificio de la Misa.

Por esto el altar y el Tabernáculo son el lugar de reunion de todas las almas piadosas. La Misa es la más divina de las cosas divinas que suceden acá abajo. Es el cielo que se humilla descendiendo entero sobre la tierra; es por excelencia el acto del amor y de misericordia de Dios para con los hombres; es el centro de toda la Religion, y esa Hostia, que parece tan poca cosa, es la realidad de la union viviente de la tierra con los cielos, el punto de union de la Iglesia militante con la Iglesia triunfante; es Jesús en medio de nosotros; es Dios con nosotros.

XXIX.

Despues de la Consagracion hasta la Comunion.

Despues de la *Consagracion* todos deben quedar en adoracion sin moverse, y si es posible, de rodillas hasta despues de la *Comunion*. ¿Cuándo ¡gran Dios! estarémos arrodillados si no lo estamos en aquel momento? Es una verdadera inconveniencia volverse á sentar despues de la Consagracion, á no estár inválido ó enfermo. Esto denotaria seguramente una fe muy amortiguada y una religion muy superficial.

Despues de la *Consagracion* hasta el *Pater noster* continúa el sacerdote en el celestial secreto del

altar las oraciones del *Cánon,* llenas de inefables misterios. Traza repetidas veces sobre la santa Hostia y el Cáliz la señal de la cruz: á esto no puede llamarse bendiciones (porque no se bendice á Aquel que es el autor y el orígen de todas bendicion); estos son signos destinados á expresar la union de Jesucristo con todos los elegidos, que son sus miembros; y además la union que existe entre el primero y el segundo advenimiento del divino Salvador.

En el primer advenimiento Jesús descendió del cielo sobre la tierra para padecer y para ofrecerse en sacrificio. Resucitado, subió á los cielos, de donde vendrá lleno de gloria para juzgar á los vivos y á los muertos, es decir, á los elegidos y á los réprobos. A esta gloriosa vuelta es á lo que se llama el segundo advenimiento de Jesucristo. Pero como Él nos ama con una ternura infinita, no nos abandona aquí en la tierra durante los dilatados siglos que separan el primer advenimiento del segundo; y principalmente por medio de la institucion del sacrificio y del sacramento de la Eucaristía; por medio de la Misa y por medio de la Comunion, viene á nosotros y permanece con nosotros durante nuestra peregrinacion.

Antes de decir en alta voz el *Pater noster*, el sacerdote hace conmemoracion de la Iglesia sufriente, es decir, de las ánimas del purgatorio, y suplica al Padre celestial en nombre de Jesucristo, su Hijo, presente en el altar, que alivie y libre á aquellas pobres almas, redimidas por la divina Víctima.

Hace esta súplica en nombre de la Iglesia triunfante, de modo que allí delante de la Santísima Trinidad y delante de Jesús, se encuentra el representante de la Iglesia entera militante, triunfante y purgante.

El *Pater noster*, con las oraciones y ceremonias que le siguen, se refiere al segundo advenimiento de Jesucristo, á este gran triunfo, del que participarémos todos los que tengamos la dicha de vivir y morir en gracia de Dios. Con efecto, miembros vivientes de Jesucristo, resucitarémos todos en el momento en el que el Hijo de Dios aparecerá de nuevo en medio de los hombres, descendiendo, como Él mismo lo ha anunciado, «sobre las nubes del cielo y con todos sus Ángeles.» Con Él juzgarémos nosotros á los réprobos y á los demonios, y reinarémos por siempre.

Este segundo advenimiento de Jesucristo tendrá lugar al final de la *sexta* edad del mundo: por esto el celebrante, que ha tenido las manos elevadas durante las seis primeras demandas del *Pater noster,* las baja sobre el altar despues de la sexta, y deja decir al acólito en nombre de todo el pueblo fiel: «*Sed libera nos à malo:* mas líbranos del mal.» En efecto, no quedarémos libres absoluta y totalmente del mal, es decir, del demonio, del pecado, del padecimiento y de la muerte, hasta el segundo advenimiento de nuestro Salvador. En la actualidad combatimos el mal; pero no quedamos libres de él. «¡Bienaventurado y santo, exclama el apóstol san Juan, aquel que tendrá parte en este futuro reinado de Dios!»

XXX.

De la Comunion.

Por ser Dios vivo, Nuestro Señor quiere tener altares vivos, tabernáculos vivos. Hé aquí por que, habiendo descendido al altar por medio de la consagracion, quiere que el sacerdote desde luego y despues sus fieles comulguen; es decir, reciban en su cuerpo y en su corazon el sacramento adorable de la Eucaristía.

Para el sacerdote que celebra la Misa la comunion es absolutamente obligatoria. A los fieles sólo se les aconseja. El concilio de Trento «desearia (estas son sus propias palabras) que siempre que asistan á Misa, comulguen sacramentalmente los fieles y no espiritualmente sólo, á fin de recoger con más abundancia los frutos del santísimo Sacrificio.»

En estado de gracia, bien preparados y con la aprobacion del confesor, los fieles debieran comulgar siempre que asistan á la santa Misa. Es más perfecto, más cristiano, más humilde; en una palabra, es mejor comulgar cuando se oye Misa, que dejar de hacerlo: cuando se comulga con fe y con una sincera buena voluntad, nunca se comulga con sobrada frecuencia, y la Comunion es siempre provechosa para el alma.

Antes de recibir á Dios el sacerdote se da golpes en el pecho y repite tres veces en alta voz el grito de humildad y confianza: «*Domine, non sum dig-*

nus: Señor, yo no soy digno de que entreis en mí; mas decid sólo una palabra, y mi alma quedará curada.»

Cuando el sacerdote ha comulgado por sí mismo bajo la especie de pan y la especie de vino, el que ayuda la Misa, en nombre de todos los fieles que á su vez van á comulgar, recita en alta voz el *Confiteor*. Aquí, como al principio de la Misa, este bello acto de contricion tiene por objeto borrar hasta las más pequeñas faltas veniales que pudieran empañar aún la perfecta pureza de los comulgantes. Medio vuelto hácia ellos, el sacerdote les da la absolucion general de sus culpas. Esta no es la absolucion sacramental, que es la sola que tiene virtud suficiente para borrar los pecados mortales, sino una simple plegaria y una bendicion que borran los pecados veniales. El sacerdote toma y presenta en seguida la santísima Hostia, repitiendo en nombre de todos el *Domine, non sum dignus* que acaba de decir en nombre propio antes de comulgar él mismo, y baja las gradas del altar precedido del acólito, que lleva respetuosamente la vela de la *Elevacion*, ó la del lado de la Epístola que habia en el altar, y haciendo la señal de la cruz en el santo copon, deposita la Hostia adorable sobre la lengua del comulgante, y dice á cada fiel al darle su Dios: «Que el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma para la vida eterna! ¡Así sea!» ¡Qué divinas palabras! ¡qué hermoso misterio! Es el Cuerpo de Jesús que guarda nuestras almas; es el Cuerpo resucitado, glorioso, inmortal, el Cuerpo glorioso y deífico del

Salvador, el que preserva á nuestras pobres almas de la corrupcion de este mundo y en particular de las perniciosas influencias de nuestro cuerpo terrestre, mortal y corrompido.

Además de las disposiciones de espíritu y de corazon que todos saben ser necesarias, es preciso cuidar de presentarse convenientemente á la mesa de la Comunion: al acercarse el sacerdote se debe tener la cabeza levantada y los ojos bajos, abrir moderadamente la boca, ni poco ni mucho; apoyar la lengua en el labio inferior para que el sacerdote pueda poner fácilmente la santa Hostia, y no retirarla hasta que la Hostia esté bien colocada. Hay unos que tienen la cabeza baja de tal modo, que el sacerdote no ve lo que hace; otros apenas abren la boca; otros no sacan la lengua, y otros la avanzan demasiado.

Los hay que mueven la cabeza con compuncion á derecha é izquierda; que responden en alta voz *Amen* en el momento mismo en que el sacerdote les da la Comunion; que se retiran precipitadamente antes de que la santa Forma quede depositada sobre su lengua, etc. Todo esto es muy inconveniente, muy peligroso además: la mayor parte de los accidentes que se presentan en la sagrada Mesa provienen de la torpeza ó del descuido de los que comulgan.

Por lo demás, nadie debe escandalizarse, ni entristecerse demasiado, si por desgracia una Hostia ó una partícula cayese sobre el mantel y hasta en tierra. Nuestro Señor no se ofende ni se da por

deshonrado por un accidente de este género, siempre que no dimane de negligencia: en la Eucaristía el Cuerpo celestial de Nuestro Señor está absolutamente al abrigo de toda mancha, como está al abrigo de todo sufrimiento, de toda alteracion. El signo sensible de su existencia, el Sacramento, son los sólo susceptibles de profanacion; de modo que en no habiendo intencion depravada, no hay pecado, ni mortal ni venial, en los sucesos de que hablamos, y, ¡cosa bien consoladora! los impíos que profanan el Santísimo Sacramento, por más que hagan, no pueden alcanzar á Nuestro Señor; á nadie dañan más que á su alma perversa.

Despues de dar la Comunion á los fieles, el sacerdote precedido siempre de su acólito con la vela, sube otra vez las gradas del altar y deposita el sagrado Copon en el Tabernáculo, que cierra con llave.

Aunque sea más regular recibir la Comunion durante la Misa, como acabamos de decir, está bien permitido y algunas veces es hasta preferible comulgar fuera de la Misa, sea inmediatamente antes de ella, sea despues, sea absolutamente sin Misa. La Comunion es en efecto independiente del Santo Sacrificio, como el fruto, una vez maduro y recogido, es independiente del árbol que le ha producido. El árbol que produce el fruto divino de la Eucaristía, es el santo Sacrificio de la Misa. La Iglesia guarda el fruto en el Copon y en el Tabernáculo, y lo saca siempre que sus hijos le piden alimento.

De tal modo es permitido y legítimo comulgar fuera de la Misa hasta cuando se puede oir esta,

que la Iglesia obliga á nosotros los sacerdotes á dar la Comunion á todos los que la piden y cuando la piden, como no lo impida una razon muy grave, y nos obliga á ello bajo pena de pecado. Es efectivamente deber nuestro facilitar tanto como nos sea posible el acceso á los Sacramentos á todos los fieles, pobres, ricos, obreros, sirvientes, niños, etc. El sacerdote es el servidor de las almas, y es su padre al mismo tiempo; pero no es su dueño.

XXXI.

Despues de la Comunion hasta el fin de la Misa.

El sacerdote con un poco de vino primero, y despues con otro poco de agua y vino, quita las partículas del santo Sacramento, que hayan podido quedar pegadas á las paredes interiores del Cáliz ó bien á sus dedos. A esto se llama las *abluciones*. Despues de enjugar, arreglar y cubrir el Cáliz, pasa al lado de la Epístola, allí donde ha empezado la Misa, y recita con las manos juntas como en el *Intróito* la corta plegaria llamada *Comunion*, despues de haber saludado á los asistentes desde el medio del altar con el *Dominus vobiscum,* y recita siempre en el lado del *Intróito* la oracion ó las oraciones llamadas *Postcomunion*. En seguida cierra el libro, vuelve al medio del altar, saluda por última vez á la asamblea, diciendo: «*Ite, Missa est:* Idos; la Misa está acabada.» Da en fin la postrer bendicion y re-

cita el último *Evangelio*. Despues de lo cual baja las gradas del altar, se inclina ante el Crucifijo, hace la genuflexion ante el Santísimo Sacramento reservado en el Tabernáculo y se restituye á la sacristía precedido del acólito. Allí deja los ornamentos sacerdotales y da religiosamente su accion de gracias. Los fieles que han comulgado, lo hacen por su parte. La accion de gracias debe durar á lo menos diez minutos ó un cuarto de hora. Nunca será esta demasiado larga, demasiado ferviente, ni practicada con bastante recogimiento.

Del mismo modo que el sacerdote, al recitar el *Intróito* al comenzar la Misa, representaba á Jesucristo, Hijo eterno de Dios, llenando de su espíritu de religion á los Ángeles, á Adan y á los primeros Patriarcas desde el principio del mundo, así tambien en la *Comunion* y en *Postcomunion* el sacerdote representa á Jesucristo, Rey de gloria, triunfante con sus elegidos despues de su segundo advenimiento y reinando pacíficamente con ellos sobre todas las criaturas.

En la *Comunion*, las manos unidas del sacerdote significan la union del antiguo pueblo de Dios, convertido á la fe cristiana despues de tantos siglos de obstinacion, con la nueva Israel, es decir, la Iglesia católica. En efecto, entonces no habrá más que un solo rebaño y un solo pastor.

Durante las Oraciones, las manos extendidas del celebrante representan la admirable union de adoracion y de oracion de los Angeles y de los hombres en esta época de gloria, de paz, de felicidad, de

triunfo universales: entonces la Iglesia será total y absolutamente *católica*, es decir, universal; los demonios y los réprobos serán arrojados fuera, *foras*, como dice el Evangelio; en el cielo y en la tierra, toda criatura estará sometida á Jesucristo. Jesús y María reinarán, como es justo y legítimo, sobre la creacion entera; la Iglesia, ó lo que es lo mismo, la sociedad de los hijos de Dios, el reino universal de Jesús y María, comprenderá todos los Angeles, todos los hombres, todas las criaturas fieles y santas, «y Dios estará todo en todos,» como está pronosticado en la Escritura.

La bendicion final de la Misa significa el fin del tiempo y la bendicion eterna que el Rey del cielo, Jesucristo, dará á todos los bienaventurados, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, cuando los introduzca para siempre en la muy santa eternidad.

El último *Evangelio*, el *Evangelio* de san Juan, es como el himno de adoracion, de accion de gracias y de fe viva en Jesucristo, el Verbo hecho carne, verdadero Dios y verdadero hombre, Sacerdote universal y Víctima divina del gran sacrificio que el sacerdote acaba de celebrar bajo los velos eucarísticos. Hasta despues de decir este último Evangelio, no se deben apagar las velas.

XXXII.

De algunas ceremonias peculiares á la Misa mayor.

La Misa mayor ó Misa cantada, se celebra por el sacerdote asistido ordinariamente por dos ministros inferiores, el diácono y el subdiácono. Hay efectivamente en el sacerdocio católico una jerarquía, cuyos grados más elevados son el subdiaconado, el diaconado, el presbiterado y el episcopado. En lo relativo á la santa Misa, el episcopado da el poder de consagrar á los sacerdotes, ministros de la Eucaristía; el presbiterado el de celebrar el santo Sacrificio; el diaconado el de asistir al sacerdote en el altar, el de tocar los vasos sagrados que encierran la Eucaristía, y de dar la Comunion en caso de necesidad; el subdiaconado, el de asistir al sacerdote y al diácono en el altar y el de tocar los vasos sagrados cuando no contienen el Santísimo Sacramento.

En vez de la casulla, el diácono se reviste de un ornamento llamado *dalmática*, y el subdiácono de otro ornamento de la misma forma que deberia ser un poco menos ancho y que se llama *túnica*. En la Misa mayor el diácono canta solemnemente el *Evangelio* y representa la nueva Alianza, la ley de gracia; el subdiácono, que lee las profecías ó las Epístolas, representa la antigua Alianza, inferior á la Ley de gracia. El sacerdote entre el diácono y el sub-

diácono figura Nuestro Señor Jesucristo, Dios Salvador de una y otra Alianza.

Para el canto del *Evangelio*, el subdiácono tiene el santo libro abierto y apoyado en su pecho, como en un atril viviente. El diácono puede leer el *Evangelio*, porque la nueva Alianza conoce á Jesucristo, y está iniciado en sus adorables misterios; pero el subdiácono, semejante á la antigua Alianza, no hace más que presentar á la Alianza nueva, á la Iglesia cristiana, ese Cristo que ella ha tenido la desgracia de no reconocèr, á pesar de que lo ha dado al mundo. Mientras se canta el *Evangelio*, el sacerdote está en pié, vuelto hácia el sagrado libro. En efecto, Jesús, rey de los cielos, representado por el celebrante, es el mismo que en otro tiempo, durante su vida humilde y mortal, ha dicho, ha hecho todo lo que contiene el santo Evangelio.

Despues del *Credo*, el subdiácono presenta al diácono el pan y el vino, materia del sacrificio, como la Alianza antigua presentó á la Alianza nueva el Cuerpo y la Sangre que el Hijo de Dios se dignó unir primero, é inmolar despues en la cruz para redimirnos. Y lo mismo que el antiguo pueblo de Dios, que despues de haber cumplido con este gran misterio, ha renegado de Jesucristo y no le reconoce como su Salvador, del mismo modo el subdiácono, que le figura, desciende del altar, despues de haber dado al diácono el pan y el vino, permanece hasta el *Pater noster* al pié del altar, envuelto con un velo y teniendo delante de sus ojos la patena, símbolo de la ceguedad de los judíos.

Mas como al fin de los tiempos, al acercarse la época del Antecristo, se convertirán los judíos, y el que fué pueblo de Dios volverá á Él, entrará en el seno de la Iglesia y se hará católico, por esta razon el subdiácono, hácia el fin del *Pater noster*, remonta las gradas del altar, toma de nuevo lugar al *lado* del celebrante, es decir, de Jesucristo, y de entonces en adelante participa con el diácono de las bendiciones y glorias del altar.

En las Misas mayores en que no hay diácono ni subdiácono, como sucede casi siempre en las aldeas, el sacerdote canta en el altar la *Epístola* y el *Evangelio*.

XXXIII.

Del incensar y su significacion.

En la Misa mayor se inciensa cuatro veces. Esta es una hermosa ceremonia que consiste en quemar incienso bendito en carbones encendidos, y envolver en humo embalsamado con este incienso, ora el altar, ora los ministros de este, ora los fieles mismos.

El incensario, lleno de fuego, figura la santa humanidad del Hijo de Dios, todo lleno de fuego del Espíritu Santo. El incienso con su perfume y su hermoso humo blanco, semejante á una nube que sube siempre, figura las plegarias y las adoraciones de la Iglesia, unidas á la divina creacion Jesucristo, que suben hasta el trono de Dios.

En el *Intróito* es cuando por primera vez se hace uso del incensario, en el momento en que el sacerdote sube las gradas del altar. El preste inciensa primero tres veces el Crucifijo en señal de adoracion; esta adoracion se dirige al mismo tiempo á la Santísima Trinidad y á Nuestro Señor Jesucristo, Dios hecho hombre; despues inciensa doce veces á cada lado del altar en nombre de todos los fieles de la antigua Ley, representada por los doce Patriarcas de Israel, y en nombre de la Ley nueva, representada por los doce Apóstoles. Luego es incensado el sacerdote mismo, como representante de Jesucristo, Sacerdote, Soberano y eterno Pontífice de la Iglesia. Este grande acto de incensar, que precede inmediatamente al *Intróito*, tiene el mismo carácter *angélico* del *Kyrie*, el *Gloria* y todo cuanto se practica en el altar en estos principios de la Misa: el incienso de la oracion de los fieles del Antiguo y del Nuevo Testamento, sube al cielo y llega hasta el Señor, escoltado, digámoslo así, vivificado y como conducido por los santos Angeles.

Antes del Evangelio se inciensa por segunda vez, haciéndolo por tres veces el diácono al libro de los Evangelios antes de cantar el del dia, y despues de haberlo cantado, recibe á su vez el incienso. Este incienso de adoracion se dirige, no al libro, sino á Aquel del que habla el libro y que habla en el libro; no al hombre, sino á Jesucristo, Sacerdote de los sacerdotes, cuyo lugar ocupa el celebrante en el altar.

Inmediatamente despues de la ofrenda de pan y

vino, se inciensa por tercera vez. Esta ceremonia es semejante á la verificada al principio de la Misa, y tiene la misma significacion, sólo que el preste comienza por incensar lo que hay más digno, á saber: el pan y el vino que van á convertirse en Cuerpo y Sangre de Jesucristo. Este incienso figura las adoraciones de los elegidos y de los santos de la antigua Ley que de antemano reconocieron y adoraron á la divina Víctima de salud, Jesucristo, representada por las víctimas y sacrificios, enteramente materiales de la ley patriarcal y mosáica.

Despues de incensar al sacerdote, se inciensa á los ministros del altar, al clero y al pueblo fiel: repetimos que no es á los hombres á los que se ofrece este incienso, sino á Nuestro Señor, que es el Sacerdote entre los sacerdotes y el Santo en los santos. Por su santa gracia vive y habita en nuestras almas bautizadas, que le están íntimamente unidas como las ramas de un árbol están unidas al tronco. Á Él, á Jesús, es á quien la Iglesia inciensa en los sacerdotes y en los fieles.

Para recibir el incienso, es menester levantarse respetuosamente y devolver el saludo al clérigo que lo suministra.

En el acto de levantar á Dios, se inciensa por cuarta y última vez, lo cual simboliza la fe viva, las adoraciones profundas del pueblo cristiano en presencia de Dios velado en la Eucaristía.

XXXIV.

Pequeña ojeada sobre el conjunto de las ceremonias de la Misa.

Despues de haber explicado las ceremonias de la Misa, no será inútil que nos detengamos un instante, como los viajeros que acaban de recorrer un hermoso paisaje, y que antes de marchar se vuelven un momento para contemplar y admirar su conjunto.

En efecto, las ceremonias de la Iglesia en su conjunto, cuando se conoce su significacion, manifiestan y por decirlo así desarrollan á los ojos del cristiano, todo el gran drama del Cristianismo: lo pasado, lo presente y lo porvenir de la santa Iglesia.

La Iglesia ha empezado efectivamente con la creacion, con los Ángeles y con el primer hombre; y desde el principio ha tenido por Jefe único, por soberano Señor, por Luz y por Dios á Aquel que debia encarnarse en medio de los tiempos y que es el solo verdadero Dios, vivo y eterno con el Padre y el Espíritu Santo. En la tierra la Iglesia se ha engrandecido y ha marchado con los siglos, luchando con el pecado, con los pecadores, con el demonio y con el mundo. En este combate ha sido constantemente ayudada por los Angeles.

Antes del advenimiento de Jesucristo, su divino Jefe, su Señor y su Salvador, la Iglesia ha sido primeramente *patriarcal*, despues *mosáica;* esto es, dirigida y gobernada primero por los santos Patriar-

cas, padres de la gran familia humana, á los que Dios habia encargado la conservacion de las verdaderas tradiciones de la Religion revelada á Adan; dirigida y gobernada despues por la ley de Moisés, por el sacerdocio judáico, encargado igualmente de conservar sobre la tierra, en medio de las demencias del paganismo, la verdadera religion y la fe en Dios Redentor.

Este Redentor, Dios hecho hombre, apareció en medio de los tiempos y nació de la Vírgen María. Durante los treinta y tres años que se dignó permanecer sobre la tierra, sufrió, lloró y rogó por nosotros, pobres pecadores, completando lo que desde el principio habia revelado al mundo. El, el Verbo eterno, el Maestro legítimo y el Salvador del mundo, por último quiso morir, sacrificarse por nosotros, á fin de lavar nuestros pecados en su sangre. Dios omnipotente resucitó el dia de Pascua, tres despues de su muerte, y subió al cielo en presencia de más de quinientos discípulos.

Antes de dejar la tierra repudió la religion judáica, que, semejante á una esposa infiel, no quiso reconocerle ni seguirle. En su puesto y lugar constituyó la Iglesia cristiana ó católica, que debe durar hasta el fin del mundo, hasta la vuelta triunfante y gloriosa de Jesucristo, luchando siempre con el demonio y el mundo, enemigos implacables de Jesucristo.

Al segundo advenimiento, Jesucristo vendrá á triunfar del demonio y del mundo en la tierra antes, y despues en el cielo para siempre; y resucitará á

todos sus elegidos, sus miembros vivos, que reinarán y triunfarán eternamente con Él y con sus Angeles.

Tal es el conjunto del Cristianismo, del que Jesucristo es el Jefe, el Centro, la Vida.

Tal es tambien el sentido general de las ceremonias de la santa Misa. A la mitad de ella, por medio de la consagracion y al alzar, aparece Jesucristo mismo, Jesucristo en persona, renovando en el altar por ministerio del sacerdote la oblacion ú ofrenda del sacrificio que ha redimido al mundo.

Al principio, como hemos visto, están simbolizadas la fe, la esperanza y las adoraciones de los Angeles en primer lugar, y en segundo las de los Patriarcas y los fieles de la antigua Ley, lo mismo que el tránsito de la antigua Alianza á la Alianza nueva. Los antiguos sacrificios son figurados y traidos á la memoria por la oblacion del pan y del vino.

Las ceremonias y las oraciones que, despues del *Prefacio* hasta el *Pater noster,* rodean, por decirlo así, la *Consagracion,* expresan la íntima union de la Iglesia militante, sufriente y triunfante en derredor de Jesucristo y en Jesucristo.

Por fin: las ceremonias finales, la Comunion y la bendicion solemne, con que termina la Misa, simbolizan y avivan nuestra esperanza en el segundo advenimiento de Nuestro Señor, advenimiento que ha de producir nuestra resurreccion gloriosa y nuestra eterna union con Dios.

Las velas encendidas desde el principio hasta el fin de la Misa, nos representa la asistencia perma-

nente de los Angeles, que adoran y aman á Jesucristo en el cielo mientras que nosotros le servimos, le adoramos y le amamos en la tierra.

El fiel piadoso que tiene todo esto presente, encuentra al oir Misa un medio muy sencillo y muy poderoso de impregnarse sin cesar en los grandes pensamientos de la fe, y de nutrir sólidamente sus esperanzas eternas, lo mismo que su gratitud, su piedad y su amor á Jesucristo, su Salvador.

XXXV.

Del canto y de los chantres.

La Misa mayor deberia ser cantada, no sólo por el celebrante y los chantres; sino por toda la concurrencia. Sí, en la Misa mayor todo el mundo deberia cantar, hombres, mujeres y niños; todos los que pueden cantar deberian hacerlo.

Digo cantar y no aullar. En la mayor parte de las iglesias, viéndose los chantres solos en el canto, quieren suplir la cantidad con la calidad; gritan todo lo que pueden, y estropean todo el efecto de los divinos Oficios. Cantando tan fuerte no se puede dominar la voz, se desentona, cada cual va por su lado; los monacillos lo acaban de echar á perder chillando y gritando á diestro y siniestro, y cuando se añade un serpenton ó un fagot para sostener este canto, se origina una cacofonía insufrible; no se puede orar, el recogimiento es imposible.

Los chantres no cantan para ellos, sino para

ayudar á los asistentes. No están allí, ante el facistol, sino para sostener las voces de los fieles, para darles el tono, para dirigir y no para reemplazar el canto de la concurrencia (1). Así es que en otro tiempo este cargo estaba colocado entre los empleos eclesiásticos; los legos no tenian derecho de subir al facistol; las reglas del canto litúrgico eran muy severas y observadas con mucho rigor. Todo estaba marcado y previsto de antemano, y á nadie era lícito cantar á su capricho, ni mudar de aires. De un siglo á esta parte estas santas reglas, tan excelentes bajo todos aspectos, son desconocidas en muchas iglesias con gran perjuicio de los Oficios divinos y de la piedad de los fieles.

El oficio de chantre era muy respetado entonces, porque realmente era muy religioso y muy respetable. Nuestros reyes mismos tenian á honor cantar en el facistol. Era esta una costumbre del inmortal emperador Carlomagno.

La costumbre de llevar los chantres sotana y sobrepelliz, proviene de la dignidad clerical de que estaban revestidos antiguamente. No deberian llevar roquete de mangas estrechas, porque esta es insignia de prelado, ni capa, porque la capa es una prenda sagrada, que se reserva al celebrante. La usurpacion de la capa por los chantres es un abuso muy moderno que sólo se encuentra en Francia y no más que en las provincias en que se ha abandonado la liturgia romana.

(1) Atiéndase que el autor se refiere en todo esto á las costumbres de su país. *(N. del E.)*

Todo cristiano deberia aprender en su infancia y por consiguiente saber cantar el *Kyrie*, el *Gloria*, el *Credo*, el *Sanctus* y el *Agnus Dei*, es decir, el canto de la Misa, que se repite á menudo y áun habitualmente. Ayudado por buenos chantres, esto no fuera cosa muy difícil, y como entonces todos tomarian parte activa en el Oficio divino, nadie se expondria á fastidiarse, ni á encontrarlo demasiado largo como sucede con frecuencia.

Conviene habituarse á responder, no sólo exacta, sino piadosamente los *Amen* de la Misa, principalmente despues de las oraciones llamadas *colectas* que preceden á la Epístola, y á las que siguen á la *Comunion*. Es menester acostumbrarse tambien á responder á las salutaciones que el celebrante hace á sus hermanos en nombre de Nuestro Señor, desde lo alto del altar, y cantar con gusto: *Et cum spiritu tuo*, en cambio de aquellos hermosos *Dominus vobiscum*, cuyo sentido hemos explicado.

Es preciso no cantar por lo bajo, y menos por lo alto acompañando al celebrante, en las oraciones que éste debe cantar solo. Hay fieles sencillos y sobre todo piadosas mujeres que acompañan á media voz al celebrante cuando canta el *Prefacio* y el *Pater noster*. Una vez en una iglesia de aldea tal acompañamiento era tan acentuado, que el sacerdote creyó deber interrumpir el suyo un momento; las buenas mujeres continuaron sacerdotalmente su canto, y fueron precisos algunos instantes para que se apercibiesen del ridículo papel que hacian.

Hay algunos cantos que varian segun las festivi-

dades y que los fieles no pueden saber de memoria; tales son los *Intróitos*, los *Graduales*, los *Ofertorios* y las *Comuniones*. Los chantres deben ejecutarlos solos.

Cuando se canta en la iglesia, no debe hacerse ni muy alto ni muy bajo, sino suave y piadosamente; porque estos cantos son todo oraciones y las más santas entre ellas. Se debe cantar acompasadamente, seguir con exactitud á los chantres, sin ir más despacio ni más aprisa. En cuanto á los chantres y monacillos, deben regirse por el maestro de capilla, que debe darles el tono y llevar el compás.

¡Qué bellos fueran nuestros Oficios, qué edificantes y qué patéticos, Dios mio! ¡cuánto interesara tomar parte en ellos, si estas reglas tan sencillas fuesen observadas!

XXXVI.

Del que ayuda á Misa.

El que ayuda á Misa ó sirve al sacerdote en el altar, tiene el honor de representar allí á los Angeles y á los fieles: los Angeles que asisten á Jesucristo, Sacerdote invisible y celestial; los fieles que asisten al santo Sacrificio y con ellos toda la Iglesia. Así es que los que ayudan á Misa, quienes quiera que sean, deben desempeñar sus santas funciones con mucho respeto y piedad.

Hay algunos que miran como cosa humilde el ayudar á Misa. La fe suministra pensamientos bien

diversos, y muy frecuentemente hombres venerables por su edad, por sus virtudes ó por su ciencia, han tenido y tienen por verdaderamente honroso el hacerlo. El venerable Mons. de Mazenot, obispo de Marsella, no miraba como inferior á su dignidad y á sus canas el servir, en caso de necesidad, la Misa del más humilde de los sacerdotes; me acuerdo de la profunda impresion que causaba á todos ver el santo anciano servir la Misa con la sencillez de un niño.

Aunque no sea obligatorio, es más respetuoso servir la Misa con sotana y sobrepelliz. Nunca se rodea con demasiada veneracion el santo Sacrificio. Seria sumamente indecente que el que ayuda á Misa estuviese andrajoso, descuidado, con las manos súcias, etc. No debe llevar birrete negro ni rojo, el birrete rojo es insignia de cardenal y no de monacillo.

Hé aquí algunas reglas generales que debe observar el que ayuda á Misa:

Durante toda ella debe estar de rodillas, excepto durante el Evangelio y en los momentos en que para desempeñar sus funciones tiene que pasar de una parte á otra. Debe hincar las rodillas, no sobre la última grada del altar, sino inmediatamente más abajo de esta; debe tener las manos juntas delante del pecho con el pulgar derecho sobre el pulgar izquierdo en forma de cruz como el sacerdote, á menos de tener en ellas un libro de devociones ó un rosario. Debe permanecer derecho, modesto, cuidadoso, sin mirar á lo que pasa por la iglesia y sin vol-

ver la cabeza á cualquier rumor, como sucede de cada cien monacillos á los noventa y nueve.

Debe estar siempre colocado en el lado opuesto al Misal. Esta regla no tiene excepcion, por más que en algunas partes esté muy mal observada.

Al pasar delante del Crucifijo, debe hacer religiosa y pausadamente una genuflexion. La genuflexion es un acto de adoracion, debe hacerse por consiguiente con fervor y no ligera y rutinariamente. Para hacer bien una genuflexion, es indispensable que la rodilla derecha toque en tierra cerca del pié izquierdo, que las manos queden juntas delante del pecho y el cuerpo derecho, lo mismo que la cabeza.

El que ayuda á Misa ha de responder con voz suave é igual, pronunciar bien las palabras y no usar latin de monacillo, ni responder antes que el sacerdote haya concluido. El latin de algunos de los que ayudan á Misa es fabuloso.

Hay dos lugares en la Misa en que los que la ayudan faltan ordinariamente á la regla: es el primero el *Kyrie,* que suelen recitar todo seguido al mismo tiempo que el sacerdote, en vez de decir alternativa y pausadamente con él, las nueve invocaciones. El otro es el *Confiteor* que precede á la Comunion de los fieles: el que ayuda no debe empezar á recitarlo hasta que el celebrante, habiendo comulgado bajo las dos especies, ponga el cáliz sobre el altar. Si él comulga tambien, debe, mientras sea posible, comulgar el primero, sobre todo si lleva sotana y sobrepelliz.

Tambien está á cargo del que ayuda á Misa el to-

car la campanilla, en lo cual se ven verdaderas excentricidades y costumbres absolutamente contrarias á la liturgia. Segun la regla, *que es obligatoria,* se deben tocar: 1.° á *Sanctus* tres campanillazos; 2.° al alzar la Hostia otros tres; el primero al hacer el sacerdote la genuflexion para adorar la santa Forma; el segundo cuando eleva esta para que la adore el pueblo; el tercero al hacer de nuevo la genuflexion despues de haberla vuelto á poner sobre el altar. Lo mismo al alzar el Cáliz; se darán los tres campanillazos seguidos de un pequeño repiqueteo para indica que la consagracion está terminada absolutamente. — Está en uso, y es permitido, principalmente en algunas iglesias grandes, tocar por tercera vez al comulgar el sacerdote, á fin de prevenir á los fieles que tambien quieran hacerlo. Este tercer toque no es obligatorio, y ni aún ha sido autorizado por Roma más que de algunos años á esta parte: se da ordinariamente el primer toque al primer *Domine non sum dignus;* el segundo, al pronunciarse el segundo, y el tercero al tercero.

El que ayuda á Misa no debe poner sobre el altar cosa alguna, tanto por respeto como por limpieza. Al presentar al sacerdote las vinageras, debe besarlas antes, presentarlas siempre con la mano derecha y cogerlas por debajo, á fin de que la mano del sacerdote esté constantemente sobre la suya. Al llegar de la mesita al altar y al regresar del altar á la mesita, debe saludar al Crucifijo y al sacerdote, inclinándose un poco. Al volver á colocar las

vinageras y el platillo en dicha mesita, debe cuidar de no hacer ruido, y en general debe procurar el desempeño de su humilde ministerio con tranquilidad, actividad y con una religiosa exactitud.

Despues de tocar á *Sanctus* debe encender el cirio de *alzar* de que hemos hecho mencion, y que pudiéramos llamar el cirio de la presencia real. No debe apagarlo hasta despues de la Comunion del sacerdote y de los fieles, cuando el santo Sacramento no está ya sobre el altar, cuando la puerta del tabernáculo está ya cerrada. Si la vela no está colocada en la pared en lugar demasiado alto y si se puede por consiguiente tomar con comodidad, la debe llevar respetuosamente con la mano derecha delante del sacerdote, mientras que este da la Comunion á los fieles.—El uso del cirio de *alzar* ha caido por desgracia en desuso en muchas iglesias. Sin embargo está indicado en la *rúbrica* del Misal, y es sin duda mejor observar la *rúbrica*.

Si de resultas de algun accidente ó por cualquier otra razon el celebrante no tuviera quien le sirviese y hubiera allí mujeres, podria celebrar la Misa, colocando cerca del altar el vino y el agua, y una mujer podria responder desde su sitio y tocar la campanilla, pero de ningun modo entrar en el presbiterio.

XXXVII.

De la obligacion de oir Misa.

Hay obligacion de oir Misa los domingos y dias festivos, llamados por este motivo festividades de obligacion, y esto bajo pena de pecado mortal. En Francia el papa Pio VII redujo á cuatro el número de los dias festivos (1): Natividad, Ascension, Asuncion y Todos Santos. Las grandes festividades que caen siempre en domingo, tales como Pascua y Pentecostes, se confunden con el domingo, y las otras festividades, tales como la Epifanía, la fiesta del Sagrado Corazon, de san Pedro y la Inmacula-da Concepcion, se trasladan al domingo siguiente en vez de celebrarse en el mismo dia en que caen.

Hay, pues, obligacion de oir Misa cincuenta y seis veces cada año: en los cincuenta y dos domingos y en las cuatro fiestas reservadas, se ha impuesto á los fieles esta obligacion bajo pena de pecado mortal. La Misa es el alma de la santificacion del domingo y de los dias festivos, lo mismo que del culto público que la Iglesia tributa á Dios. Todos sus hijos, si no están legítimamente impedidos, tienen

(1) En España por la misericordia de Dios á pesar de la reduccion de dias festivos que pidió y obtuvo el Gobierno, los pueblos han seguido la hermosa costumbre de celebrar todas las fiestas suprimidas. En esto, como en todo, los pueblos se han mostrado más católicos que sus gobernantes. *(N. del E.)*

obligacion de reunirse á lo menos una vez por semana, el domingo, para rogar juntos á Dios al pié de los altares, para adorarle, darle gracias é implorar reunidos la misericordia divina por los méritos del sacrificio de Jesucristo. Y como es en la Misa en la que Jesucristo, el divino Jefe de la oracion y de la Religion, baja á la tierra y permanece en medio de los hombres á fin de unirse mejor con ellos y que ellos se unan á El, es tambien en los altares, es al rededor de Jesucristo y del sacerdote, que celebra el sacrificio de Jesucristo, donde la Iglesia convoca á todos sus hijos en los domingos y dias de fiesta.

Como esta obligacion es muy séria, como es una ley, no un simple precepto, para dispensarse de ella es preciso estar impedido por graves motivos. Así es que está dispensado de oir Misa el que se halla enfermo; el convaleciente, si el médico se lo aconseja; el que se encuentra delicado ó achacoso, de modo que no puede salir de casa sin peligro ó por lo menos sin una verdadera imprudencia; el que se ve obligado á cuidar de un enfermo ó de niños; el que tiene necesidad de guardar la casa por turno; el que está ocupado en una importante obra de caridad (por ejemplo, ayudar á apagar un incendio, auxiliar á algun náufrago, etc.); el que materialmente está impedido de ir á la iglesia, como sucede ordinariamente á los militares en campaña, á los marinos embarcados, y muy á menudo á los pobres soldados retenidos en los cuarteles ú ocupados en revistas, y frecuentemente á los aprendices

y hasta á los oficiales, á quienes maestros indiferentes é impíos privan de la sagrada libertad de conciencia, y otros casos semejantes.

Es asimismo motivo legítimo de dispensa el no tener la edad de la razon. Los niños que á ella no llegan, no están obligados en conciencia á ir á Misa; conviene llevarlos á oirla pronto y habituarles así á las buenas costumbres católicas, pero esto no es obligatorio. Del mismo modo la extrema vejez es un caso de dispensa; esa extrema ancianidad se considera una enfermedad grave.

Cuando en casos extremos se tiene autorizacion para trabajar en domingo (como por ejemplo para salvar una cosecha), no por esto cesa el deber de oir Misa: la obligacion de servir á Dios debe anteponerse á todas las consideraciones puramente temporales. Lo mismo debe entenderse acerca del estudio de las ciencias, las letras y las artes. Aunque es legítimo dedicarse en los domingos á tales estudios, están sujetos á la ley de la Iglesia, á la gran ley de la santificacion de los dias festivos.

Importa convencerse de que lo que falta es la fe. Si se creyera séria y profundamente se obraria como en los países de fe, donde nadie falta jamás á Misa, nadie trabaja en los domingos y dias de fiesta, nadie deja de asistir á los Oficios de la Iglesia. Los salvajes bautizados son más cristianos que algunos europeos que nosotros conocemos (1). Recientemente, viajando un Obispo misionero, llegó á París

(1) Aplíquese esto á algunos españoles, y sobre todo desde nuestra ultima revolucion. *(N. del E.)*

acompañado de un jóven salvaje bautizado del fondo de la Oceania. Era un domingo. Admirado el jóven cristiano de ver los almacenes abiertos y los carruajes enganchados, dijo al Obispo: « Padre, ¿con qué hay todavía paganos en Francia? — No, hijo mio, respondió el misionero; pero hay francés que no tiene de cristiano más que el nombre.—Por fuerza, replicó el de Oceania; porque en nuestras islas sólo los infieles se atreven á trabajar en domingo, y áun esto no siempre, porque respetan la fe de los cristianos.»

En los países de misiones, en donde hay muy pocos sacerdotes, suele suceder que para oir Misa los pobres salvajes se imponen fatigas extraordinarias, viajan toda la noche, y hacen hasta siete, ocho y diez leguas á pié. ¡Qué vergüenza para nuestros cristianos de Europa! No hacen, ni áun saben lo que estos pobres salvajes; y nosotros nos vemos reducidos á enseñarles que tienen una verdadera, una grave obligacion de santificar el dia del Señor y de oir Misa por lo menos los domingos y dias festivos!

XXXVIII.

De lo que hay que hacer para cumplir con el precepto de oir Misa.

Para cumplir con el precepto de oir Misa importa procurar oirla entera desde el principio hasta el fin, y para tener seguridad de llegar á tiempo, es menester habituarse á llegar un poco antes de que

empiece; de este modo uno se recoge, se prepara y oye la Misa mejor. Si por negligencia se llega cuando ya ha empezado, no se incurriria en pecado mortal, es verdad; pero sí en venial: siempre habria falta. Yo trato aquí de la Misa obligatoria de los domingos y dias festivos. Si se llega despues del Evangelio, probablemente no se cumplirá con el precepto; y aunque se permanezca hasta que concluya la Misa, propiamente no se habrá oido. Si fuese por negligencia y voluntariamente, se incurrirá en pecado mortal. En caso de que el retardo fuere involuntario, conviene oir todo lo que se pueda, para acercarse todo lo posible á la ley.

Esto no obstante, si se asistiese á la Misa mayor y se llegase á tiempo de oir cantar el *Evangelio* del dia, es probable que en rigor esto bastase. Lo que es indudable es que se falta absolutamente al precepto cuando no se llega antes de empezar el *Ofertorio*, que es el principio de los preparativos inmediatos al santo Sacrificio.

No se debe salir de la iglesia antes de acabar la Misa, ni antes de que el sacerdote haya descendido del altar. Lo que conviene es habituarse á practicar una corta accion de gracias que dure algunos minutos. Sin embargo, en un dia de fiesta de gran solemnidad, si la Comunion de los fieles debiese durar mucho tiempo y se tuviesen quehaceres imprescindibles, es probable que sin pecar, ni áun venialmente, se podria pedir á Dios su bendicion y no esperar el fin de la ceremonia. Pero es preciso cuidar de no hacer abuso de esta latitud. Los ver-

daderos cristianos saben arreglar sus cosas de manera que queden conciliados todos sus deberes, anteponiendo siempre los religiosos.

Si por fatiga ó por negligencia alguno se durmiese en los momentos más importantes y durante un tiempo notable, no habria oido Misa. Es una vergüenza para un cristiano dormirse mientras que su Dios se digna descender por él al altar, y mientras sus hermanos oran con fervor á su lado.

Tampoco habria oido Misa el que se hubiese permitido charlar durante un considerable espacio de tiempo, ó si voluntariamente se hubiesen tenido largas distracciones. En cuanto á las desgraciadas distracciones ligeras de las que es difícil escapar cuando se ora, estas, gracias á Dios, no impiden el cumplimiento de la ley.

Tampoco cumple el precepto el que durante la Misa se ocupa en lecturas extrañas á la misma. Así es que no oiria Misa el que durante ella hubiera estado leyendo pasajes de la Sagrada Escritura, de la vida de un Santo, un libro de instruccion religiosa, como la *Introduccion* de san Francisco de Sales, algun buen sermon de Bossuet ó de Bourdaloue, alguna plática del P. Lacordaire, y áun menos el que se hubiese entretenido en leer algun libro de ciencias ó historia. En una palabra, no puede leerse sino libritos de oraciones ó meditacion.

Al oirla, sólo se puede orar, adorar, dar gracias á Dios y pedir perdon de las culpas. Cuanto mejor se hace esto, mejor se oye Misa.

XXXIX.

De los diferentes modos de oir bien Misa.

Para oir bien Misa, es preciso ante todo, llevar un corazon cristiano, un alma recogida y deseosa de orar bien; nada puede suplir á esta disposicion espiritual, y es como el alma de todos los métodos que vamos á indicar. Es sobre todo ante los altares de Jesucristo donde conviene acordarse del oráculo divino: *Este pueblo me honra con sus labios, mas su corazon está léjos de Mí.* Para oir bien Misa es indispensable que nuestro corazon, nuestra voluntad estén con Dios.

El método más sencillo, más católico y el que ordinariamente produce mejores frutos, es el de seguir todas las oraciones y ceremonias en un *devocionario de la Misa.* Este método nos une naturalmente al sacerdote y á su sacrificio. Para los que saben latin, vale cien veces más seguir las oraciones de la Misa en el idioma mismo de la Iglesia; el latin es más bello, más grande, más profundo que ninguna de las lenguas vivas.

Si no se saben arreglar las oraciones del Ordinario de la Misa, que son siempre las mismas, con las especiales que varian, segun las festividades, es preciso aprender á hacerlo; es sencillísimo, y la primera persona piadosa, á quien se le pida, tendrá un gusto en dar en cinco minutos esta leccioncilla de piedad litúrgica. Una vez sabido, es cosa

que jamás se olvida. Al cabo de dos ó tres meses se sabe de memoria el Ordinario de la Misa; estas bellas oraciones, que se remontan á los siglos de los Mártires y hasta de los Apóstoles, se nos hacen familiares como el *Padre nuestro*, y entonces tenemos un medio perfecto de entregarnos por completo á Dios durante el santo Sacrificio.

Este método tiene además la inapreciable ventaja de hacernos recorrer cada año con la Iglesia toda la série de misterios y de festividades católicas, y de aumentar continuamente en nosotros el conocimiento de las cosas santas con el verdadero espíritu católico. Y despues, ¿no se ora mejor cuando se sabe con precision lo que se debe honrar, celebrar y pedir con la Iglesia? De otro modo hay riesgo de permanecer en la vaguedad y de orar sin mucho fruto.

Sin embargo, para seguir bien la Misa, no es preciso tener un devocionario completo, ni rezar las mismas oraciones que el sacerdote, sea en latin, sea en cualquier otro idioma.

Hay muchas especies de *libros de Misa;* en siendo católicos y autorizados por el Obispo, todos pueden ser muy útiles, y cada fiel puede escoger el que mejor le convenga. Pero puede asegurarse en general que nada fija más eficazmente la atencion, ni ayuda mejor á oir Misa, que un buen devocionario leido y seguido religiosamente (1).

(1) El autor recomienda «como *libro de Misa* por excelencia» (son sus palabras) el año litúrgico de dom Guéranger, que es una obra única en su género y de las más útiles que pueden caer en manos de los fieles.

Hay personas piadosas habituadas á la oracion que durante la Misa prefieren orar y adorar mentalmente, sin el recurso exterior de un libro, ó que por lo menos no se sirven de él más que por momentos para extraer un pensamiento de fe, palabra de piedad ó de meditacion. Nada mejor que este método de oir Misa; pero no nos atreveríamos á aconsejárselo á la generalidad. Los que lo practican harán bien en recordar y repasar por decirlo así los cuatro grandes *fines* de la Misa que hemos indicado al principio, y que son: 1.° la adoracion, 2.° la accion de gracias, 3.° la suplicacion ó demanda, y 4.° la propiciacion ó expiacion del pecado. Harán igualmente bien en no perder de vista el espíritu del misterio ó de la festividad del dia.

Otro medio muy poderoso de seguir la Misa, consiste en traer á la memoria los diversos pasos de la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, amalgamándolos con las principales ceremonias que se observan en el altar. Con este objeto se han publicado varios opúsculos excelentes, y como en cada página están adornados con grabados que representan las escenas de la Pasion, ofrecen un particular encanto á los niños y á las personas poco letradas.

En fin, el último método que indicarémos aquí, y que se dirige á las personas que no saben ó no pueden leer, es rezar el Rosario. En la primera decena se unen á la Santísima Vírgen, á los Angeles, á los Santos y al celebrante, para adorar á Dios y á su único Hijo Nuestro Señor; en la segunda decena, para *dar* á Dios *rendidas gracias* por todos

sus beneficios y todas sus bondades; á la tercera decena, siempre en union con la bondadosa Vírgen, con la Iglesia del cielo y con el sacerdote que dice la Misa, se *piden* á Nuestro Señor para sí mismo y para los demás bienes de alma y cuerpo; se reza la cuarta decena para *expiar* sus pecados y para obtener perdon; se recita la quinta y última decena, sea para las pobres ánimas del purgatorio, sea por nuestro Santo Padre el Papa y las necesidades generales de la Iglesia, sea por tal ó cual intencion particular que nos ha sido recomendada y que más nos interesa.

Pero es necesarió cuidar de pararse algunos instantes entre cada decena á fin de formular la intencion y avivar la atencion.

Todos estos métodos son en sí sumamente provechosos; cada uno puede elegir con arreglo á su aptitud, su gusto y su inclinacion.

XL.

Cómo se debe estar en Misa, y en general de la buena posicion en la iglesia.

La postura exterior no es menos importante en los que oyen Misa que las disposiciones interiores; el hombre se compone de cuerpo y alma; y así como el alma ejerce sobre el cuerpo una considerable influencia, del mismo modo el cuerpo ejerce una accion directa y muy importante sobre el alma, sobre sus movimientos y sus disposiciones. En

la iglesia, y particularmente durante la Misa, es necesario ocuparse, por consiguiente, de la posicion exterior.

Excepto durante el *Evangelio* y el *Credo,* durante todo el resto de la Misa convendria estar de rodillas. Yo no digo que sea un *deber* el hacerlo, ni que de no hacerlo se obre mal; digo que *convendria* hacerlo, que fuera mejor, que seria más respetuoso, más perfecto. En los países donde las tradiciones católicas se han conservado más enérgicas y más profundas, no se sabe lo que es sentarse durante la Misa, se permanece siempre arrodillado ó en pié, y la gente no se muere por esto. Los mismos niños, acostumbrados desde sus primeros años, están de rodillas todo el tiempo que dura la Misa, como las personas mayores.

Es preciso procurar el permanecer de rodillas por lo menos desde el principio de la Misa hasta el *Evangelio* y desde el *Sanctus* hasta la Comunion, ó mejor, hasta el último *Evangelio;* en las Misas rezadas es cosa de dos ó tres minutos más.

La bendicion final de la Misa *debe* recibirse siempre de rodillas, nunca en pié, y mucho menos sentados. Los sacerdotes mismos deben recibirla de rodillas; los Prelados la reciben en pié y ligeramente inclinados. Se ve con frecuencia á personas arrodilladas hasta entonces, levantarse con motivo de ir á decirse el último *Evangelio* y ser esto causa de que reciban en pié la santa bendicion; esto es contra regla. En caso de estar en pié ó sentados es necesario ponerse de rodillas, y no levantarse hasta despues de la bendicion.

Mas, de rodillas, en pié ó sentados, es preciso, absolutamente preciso, que nuestra postura en la iglesia sea decorosa, que respire é inspire recogimiento, y que esté impreso en ella el respeto religioso de que nuestra alma debe estar penetrada. Nunca se insistirá bastante sobre este punto, no sólo por el deber de cada uno en sí mismo, sino para el buen ejemplo y la edificacion de los fieles. Nada edifica tanto como una postura modesta y recogida en la iglesia, y nada es más escandaloso que la indiferencia y el desenfado en presencia de los santos altares.

Hay gentes que de tal modo están en la iglesia que se les tomaria sin dificultad por impíos, y sin embargo no lo son; son simplemente cristianos lácios, flojos ó ligeros. Los hay que entran en la iglesia sin tomarse el trabajo de hacer la señal de la cruz, y que si la hacen, la practican tan mal, que fuera mejor que se abstuvieran; ante el Santísimo Sacramento no hacen la debida genuflexion; miran por todas partes, y todo lo han visto, de todo se han hecho cargo antes de pensar que se encuentran delante de Dios. Durante casi toda la Misa se están sentados, á menudo con las piernas cruzadas y en actitudes que un hombre bien educado no se permitiria nunca en buena sociedad. Apenas sube al altar el sacerdote, ya están sentados. Aún no se ha acabado el Evangelio, y ya están sentados otra vez. Al *Sanctus*, la campanilla que anuncia la aproximacion del grande y solemne momento de la Consagracion, los deja sentados, sentados siem-

pre. Apenas basta para hacerlos estremecer y como despertarlos el repique de los perezosos, el repique que en rigor no debiera ejecutarse antes de *alzar;* y todavía resuena el tercer campanillazo de alzar el Cáliz cuando se ven en la necesidad de sentarse de nuevo. No siempre se levantan en el acto de la *Comunion*. Parece que su grande ocupacion es estar sentados.

Sin llegar á tal extremo, hay cristianos á quienes no falta desaliño en la iglesia, y que debieran tomar posturas más religiosas. Señalaré sobre todo: las piernas cruzadas, las miradas errantes, el aire disipado ó aburrido, las palabras inútiles, la inexactitud en seguir las reglas que observan todos los verdaderos fieles.

En la iglesia, mientras se celebra el santo Sacrificio de la Misa, importa mucho evitar las actitudes excéntricas ó singulares. Hay personas sólidamente piadosas que no tienen suficiente cuidado, y que con sus rarezas se hacen el hazme reir de la gente. Si no se tratara más que de ellos, sólo ocasionarian un mal ligero; pero las personas poco religiosas atribuyen estas ridiculeces á la piedad misma, y les sirve de motivo para burlarse de la Religion. Algunas veces se ven en la iglesia personas que rezan con los ojos fijos hácia arriba, con aires extáticos; que se echan más bien que se arrodillan sobre su reclinatorio, la cabeza más baja que la nuca y la nuca más baja que las espaldas, de modo que se diria que se hallan indispuestas y que van á desmayarse. Otras arrojan suspiros y pro-

nuncian palabras de fuego, y otras, en fin, hacen rarezas por el estilo. Lo repito: la intencion podrá ser muy buena; mas la obra exterior es verdaderamente ridícula. Si alguno llega á apercibirse de estas manías debe tratar de reformarlas, cueste lo que cueste. Se trata en ello del honor de la piedad.

Observemos, en fin, que en la iglesia, y principalmente en los momentos más solemnes de la oracion pública, no se debe hacer ruido; nadie debe sonarse con estrépito, toser, ni escupir con estruendo. Por respeto á la iglesia, ni áun se debe escupir en tierra. En una palabra: se debe estar y obrar con cuidado, con mucho cuidado y miramiento, sabiéndose vencer por Dios bondadoso, y con una modestia verdaderamente cristiana contribuir por su parte á la edificacion general.

Despues de Misa, al salir del templo no debe hablarse mientras se esté en la iglesia. Delante de Dios omnipotente el silencio es una de las formas elementales del respeto que se le debe.

XLI.

De tres clases de gente que oyen Misa de una manera deplorable.

Hay *girafas, carneros* y *bueyes*. Las *girafas* son ordinariamente de la clase alta. Estas son gentes que, sabiendo quizás muchas cosas, puede ser tambien que no sepan gran cosa, y desdeñan de llevar un devocionario de la Misa ó bien no se atreven á

hacerlo. Santifican el domingo con una pobre Misa rezada, la más corta posible; nunca se arrodillan, sino apenas al *alzar*, y áun esto con más frecuencia sobre una rodilla que sobre las dos; miran á derecha é izquierda, hácia detrás, muy poco delante ó por lo menos hácia la parte del altar, rezan poco ó nada, charlan de buena gana, rien con el conocido, con la amiga analizan los trajes, peinados y adornos, y se marchan, mientras el celebrante recita el último *Evangelio*, con la misma devocion que antes.

A los *carneros* pertenece aquella multitud de buenas gentes que aún tienen hábitos religiosos, que casi siempre van á Misa los domingos; que cumplen con «sus deberes al por mayor;» que no entienden gran cosa de lo que no sea su profesion, arte ú oficio, de sus quehaceres, guisados ó de su labor; que hacen muy por encima lo que les aconseja el Cura de su parroquia, y que en suma son tan buenos como cortos de genio.

Estos no oyen Misa impertinente y desdeñosamente, como los primeros; pero duermen plácidamente durante la plática ó el sermon, toman su polvo de tabaco mientras se *alza* á Dios, no se incomodan en estar mucho tiempo de rodillas, ó si lo están, no saben lo que se hacen; en nada piensan, y dan á Dios lo pueden darle, que es poca cosa.

Cuando digo que oyen Misa de una manera deplorable, no quiero significar que no cumplen con el precepto, pues que hácen lo que pueden; lo que

digo es lo que no tiene necesidad de probarse, y es que aquellas pobres gentes no tienen de cristiano más que el nombre, que son ajenos al espíritu del Cristianismo, y que una parroquia que no tuviese otra clase de feligreses, seria una parroquia muerta.

Los *bueyes*, en fin, tercera categoría de los que oyen Misa miserablemente, son aquellos que por desgracia abundan cada dia más en nuestras sociedades cristianizadas, y son más bien paganos que cristianos. A fuerza de indiferencia y de olvido de Dios, á fuerza de progreso hácia atrás, han llegado á una especie de encallecimiento en órden á las materias religiosas. ¿Tiene fe esta clase de gente? Difícil es la respuesta. Va á Misa sin más ni más, por una antigua rutina irreflexiva; va á Misa del gallo en Noche buena para hacer luego colacion con la sopa de almendra. Va á Misa por Pascua porque el dia de Pascua es el dia de Pascua; asiste á alguna otra festividad un dia ú otro; del mismo modo que asiste á los casamientos y á los funerales de sus amigos.

Tales gentes en la iglesia están como salvajes, como brutos; no reparan siquiera en lo que se hace en el altar, ni saben en qué consiste la Misa, ni ven en las sagradas ceremonias otra cosa que usos, á los que es preciso conformarse para hacer lo que hace todo el mundo. En los templos se encuentran en país extranjero; esto se echa de ver en su aspecto, en su continente y á veces hasta en sus palabras. Es cosa lamentable, y que, á menos de un milagro, parece no tener remedio.

XLII.

A qué intenciones se puede oir y hacer celebrar la santa Misa.

Pueden dividirse en dos grandes categorías las numerosas intenciones á las cuales se pueden aplicar las Misas que se oyen ó se hacen decir: las intenciones *espirituales* y las *temporales*.

Las intenciones *espirituales* son aquellas que se encaminan á la mayor gloria de Dios, á los intereses de la Religion ó á la salud y santificacion de las almas. Estas son sin contradiccion las más elevadas, las más cristianas, y nunca se encomiaria bastante á los fieles la ventaja que les ha de reportar el hacer celebrar Misas ó simplemente el oirlas. No encontramos, pues, palabras bastantes persuasivas para aconsejarles que siempre que se les ocurra algun pensamiento de este género lo ejecuten. Porque la sangre de Jesucristo tiene una voz más elocuente que todos nuestros esfuerzos personales, y en la Misa se nos da esta sangre divina para que la apliquemos segun nuestras intenciones particulares.

Nada excede en excelencia á hacer decir ú oir Misa para adorar á Nuestro Señor en nombre de todos los que debieran adorarle y no le adoran; para dar á Dios rendidas gracias por alguna gracia que nos haya dispensado; para expiar y reparar tantas blasfemias, tantos pecados de todo género que piden

venganza al cielo, muy particularmente para reparar los sacrilegios; para obtener la salud del alma de un amigo ó de una persona que nos es querida; para lograr la conversion de tal ó cual pecador; para conseguir la gracia de hacer una buena primera Comunion, de una buena muerte ú otro cualquier don espiritual.

Nada más excelente, nada más agradable á Dios que hacer decir ú oir Misa en honor del sagrado Corazon de Jesús, y para obtener su amor, en honra de la Santísima é Inmaculada Vírgen y á sus intenciones todo celestiales, infinitamente santas; en honor de un Santo, de un Mártir, para adquirir más especialmente su proteccion y para recibir un poco de su espíritu; por el Papa y por el triunfo de la Santa Sede; para el alivio de las infelices ánimas del purgatorio y en particular tal ó cual.

Todas las intenciones espirituales, desde el momento que están conformes con la fe y espíritu de la Iglesia, son muy agradables á Dios, y nunca las confiarémos bastante á la divina Víctima de nuestros altares, al buen Jesús, nuestro Maestro y nuestro Mediador cerca del Padre celestial.

En cuanto á nuestras intenciones temporales, ciertamente no son tan importantes; pero, si son justas y racionales, nos es absolutamente lícito y harémos bien en recomendarlas á la divina misericordia por medio del poderosísimo sacrificio de la Misa.

Así es que se puede muy bien, sin faltar en lo más mínimo al respeto debido á la Sangre de Je-

sucristo, hacer decir ú oir una Misa para lograr la curacion de una dolencia, de una enfermedad; por un legítimo interés de fortuna; para conseguir la suerte favorable de un pleito que consideremos justo, el buen resultado de una operacion industrial ó comercial, el buen éxito de un casamiento que se proyecte, la felicidad de un viaje, la aprobacion de un exámen, para que llueva ó haga buen tiempo, un dia favorable para una travesía ó para una fiesta, un buen número en el sorteo de un quinto, para evitar que acontezca á un ganado tal ó cual desgracia, y otros intereses temporales evidentemente legítimos.

Por lo demás, no hay que cavilar demasiado acerca de la legitimidad de los intereses á que se desee aplicar la Misa; ¿no está allí el sacerdote para resolver, si importa, todas nuestras dificultades? No lo olvidemos, empero; por puras, por legítimas que sean las intenciones temporales, es necesario subordinarlas siempre al cumplimiento de la santa voluntad de Dios, á lo que Nuestro Señor conoce que más nos conviene: Él sabe lo que nosotros ignoramos, y con mucha frecuencia retiraríamos inmediatamente nuestras demandas si como Él conociéramos el porvenir.

Jamás se recurre bastante á la santa Misa. Mientras que en los países donde hay devocion no bastan los sacerdotes para satisfacer los pedidos de Misas, ya para vivos ya para difuntos; en otros países, donde la fe anda moribunda y los corazones están secos, no se recurre, por decirlo así, nunca

á la sangre del Redentor, y esta indiferencia es una de las principales causas de la degradacion cada dia más pronunciada de estas infelices comarcas.

Mas, en todas partes, ¡ay! se encuentran cristianos negligentes, que pasan meses y áun años enteros sin pensar siquiera en hacer decir Misa en sufragio del alma de los difuntos de su obligacion. Egoistas é indolentes, las dejan padecer indefinidamente en las terribles expiaciones del purgatorio. No há mucho tiempo que un labriego fué á pedir á su párroco que le dijera una Misa. «¿Es para vuestra pobre mujer que murio el otro dia? le preguntó el sacerdote.—No, señor Cura, respondió el otro con increible sangre fria; no es para mi pobre mujer, sino para mi pobre vaca que está enferma.»

XLIII.

Del por qué se debe dar una limosna al sacerdote á quien se le pide que diga una Misa.

Al encargar Jesucristo á los Apóstoles que predicaran el Evangelio por todo el mundo, que salvaran y santificaran las almas, administraran los Sacramentos y presidieran el culto divino, les mandó dejarlo todo para llenar este grande ministerio. Por este motivo los sacerdotes católicos, que continúan en la tierra la mision de los Apóstoles, no tienen el derecho, aunque para ello tuvieran tiempo, de ocuparse en el comercio, la industria ó la agricultura. La Iglesia quiere «que vivan del altar,»

segun las palabras mismas del Evangelio; esto es, encontrar en el ministerio eclesiástico los recursos suficientes para vivir convenientemente.

En consecuencia, ha dispuesto la Iglesia, y esto desde su orígen, desde el tiempo mismo de los Apóstoles, que los fieles, en cambio de los bienes espirituales y eternos que les dispensan los sacerdotes, provean á sus necesidades, dándoles bajo una ú otra forma cierta porcion de sus bienes temporales. Esto es á la vez justicia, gratitud y caridad.

Entre los tributos cristianos hay lo que se llama *lo casual* de los sacerdotes (1). Lo casual ó accidental es la reunion de limosnas ó de dones que los cristianos ponen en manos de los sacerdotes con motivo de tal ó cual servicio religioso que reclaman de su ministerio. Todo esto está reglamentado en detall en cada diócesis por la autoridad del Obispo; pero en todas partes la celebracion de la Misa lleva consigo la obligacion en los fieles que la piden, de una modesta retribucion que se llama *el honorario* (2) de la Misa. Este honorario es un franco, un franco y medio ó dos francos (3).

No es la Misa lo que se paga con este honorario: la divina Sangre de Jesucristo no es una mercancía, y por otra parte si se quisiere pagar, no bastarian para ello todos los bienes reunidos del cielo y de la tierra. Tampoco se paga el trabajo del sacerdote, porque tampoco él vende sus oraciones ni

(1) En España se denomina *pié de altar*.
(2) En España *limosna*.
(3) En España de cuatro á diez reales.

su caridad. Su divino ministerio no se compra ni se vende.

Lo que se da al sacerdote al entregarle el honorario de la Misa, es el tributo filial de los fieles que cumplen para con sus padres espirituales el precepto evangélico, católico y apostólico.

Esto no es decir que si uno estuviese absolutamente pobre no podria hacer decir una Misa para su padre difunto, por ejemplo, ó para cualquiera otra intencion importante. Puede que no se encontrase un solo sacerdote que rehusase esta obra de caridad al pobre que se la pidiese. Mas, celebrando esta Misa sin honorario, el sacerdote conservaria el derecho de exigirlo, porque no podria abandonar un derecho concedido por una ley de la Iglesia.

Las Misas cantadas y los Oficios fúnebres importan honorarios más ó menos elevados, pero regulados siempre por la autoridad del Obispo, que concilia siempre la satisfaccion de las necesidades de los sacerdotes con los intereses de los fieles de su diócesis. Estas Misas solemnes y tales Oficios fúnebres ocasionan ordinariamente muchos gastos menudos, y es importante hacer notar que todo lo que entonces se da á la parroquia no es para el Cura.

A pesar de lo que se gana en esto, la mayor parte de nuestros sacerdotes es pobre. Ellos no se quejan; pero fuera doblemente injusto imputarles una riqueza y sobre todo una codicia de que por la gracia de Dios están exentos.

XLIV.

Respuestas á algunas dificultades prácticas relativas á la Misa.

«Si no se pudiese entrar en la iglesia á causa de la muchedumbre ó por cualquier otro motivo que obligase á permanecer fuera del templo, ¿se cumpliria con el precepto de oir Misa?» Sí, sin duda alguna, con tal que se orase como si se estuviera en la iglesia. A lo imposible nadie está obligado.

«¿Es indispensable ver al sacerdote y el altar?» No, siempre que el que se halle en este caso se una con la intencion al santo Sacrificio. Esto basta, porque hay presencia moral.

«Si se viviese cerca de la iglesia, y desde la ventana se oyese la campanilla y áun se llegase á ver el altar, ¿se cumpliria con el precepto de la Iglesia?» Algunos están por la afirmativa. Pero la opinion contraria parece casi cierta, puesto que en Roma el Cardenal-Vicario resolvió, no há mucho, la cuestion en sentido negativo. Y la razon es, que para oir realmente Misa, es indispensable que por lo menos haya la presencia moral; y en el presente caso parece que ni siquiera puede suponerse tal presencia. En el caso propuesto se veria la Misa, pero no se asistiria á ella. La Misa se dice en la iglesia, y para oirla es preciso ir á la iglesia. Importa ir á la iglesia para contribuir al culto público que es debido al Señor, y para darnos unos á otros la edificacion que todos nos debemos.

«Si en un dia de obligacion alguno se confesara durante la Misa, ¿se cumpliria el precepto?» No. Estamos en el caso de decir que no pueden hacerse dos cosas de estas á la vez.

«Pero ¿al menos se podrá cumplir durante la Misa con la penitencia impuesta?» Sin género alguno de duda, á menos que consistiese la penitencia en hacer alguna cosa incompatible con la asistencia, propiamente dicha, al santo Sacrificio, como fuera el ejercicio del *Via crucis* ante sus diversas estaciones.

«Si durante la celebracion de la Misa alguno se viera obligado á salir momentáneamente de la iglesia, v. g., por falta de salud, ¿se cumpliria con el precepto?» Esto depende de las circunstancias: se cumpliria si no se permanecia fuera más que algunos minutos, y la ausencia no fuese durante el sagrado momento de la consagracion, que es el corazon del santo Sacrificio; no se cumpliria si se prolongase la ausencia, y esto impidiera la asistencia á la parte más importante de la Misa. En este último caso convendria oir otra Misa, al menos en parte; pero si no la hubiese, tampoco habria pecado, porque en donde no hay voluntad culpable no hay falta.

«Los domingos y fiestas ¿hay obligacion de oir Misa en su parroquia?» No; el papa Benedicto XIV lo declaró así terminantemente. Nunca hay *obligacion* de oir Misa en su parroquia; sin embargo, cuando se puede escoger, es sin duda preferible y más católico ir á su parroquia. La Iglesia invita á

los fieles á asistir á la Misa parroquial, pero no lo manda; lo aconseja, pero no lo ordena; lo exhorta, pero sin recurrir á las amenazas.

La iglesia parroquial es *nuestra* iglesia; es el sitio oficial á donde son llamados todos sus feligreses por la Iglesia misma, á fin de adorar á Dios, cantar sus alabanzas y recibir los Sacramentos. Allí es donde se halla el pastor propio, allí es donde nos han hecho cristianos, allí donde hemos hecho nuestra primera Comunion, allí es donde celebramos las Pascuas, allí donde se contrae matrimonio, allí donde se verific n los grandes actos de nuestra vida cristiana, allí, en fin, donde nuestros restos mortales serán conducidos algun dia para recibir las postreras bendiciones de la Iglesia. Formando cada parroquia una familia religiosa, la iglesia parroquial es naturalmente el centro, la reunion, la casa de familia. Por todas estas razones es ciertamente mejor oir Misa en su parroquia; pero esto no es *obligatorio*, y se cumple con el precepto oyéndola en cualquier otra parte.

«En donde hay varias Misas, ¿débese asistir á la Misa mayor de su parroquia?» Cuando puede hacerse es muchísimo mejor; pero en ello tampoco hay obligacion propiamente dicha. Es mejor, es mucho mejor; pero no es necesario. Es mejor, porque la Misa mayor de la parroquia se celebra especialmente para todos los feligreses, y oyéndola se obtienen gracias muy particulares. Óyense además las oraciones y las recomendaciones del púlpito, el anuncio de las fiestas, de los ayunos, de todo lo

que interesa á la conciencia y á la piedad de los fieles. En los domingos asistir á la Misa mayor de su parroquia, rezar bien en ella y cantar las alabanzas del Señor, es indudablemente el mejor consejo que se puede dar á las familias cristianas. Hay algunos que creen hay obligacion, hasta bajo pena de pecado mortal, de asistir á la Misa mayor parroquial á lo menos una vez al mes: esto es un error, lo repetimos; á pesar de las incontestables ventajas que ofrece esta Misa, no estamos obligados á ello en conciencia.

«¿Se llenaria el precepto si un domingo ó dia festivo se asistiese á una Misa, desde el *Sanctus* por ejemplo hasta el fin, y oyeren despues la mitad de otra Misa, hasta el *Sanctus?*» Sí, con tal que las dos Misas no estuviesen separadas por un largo intervalo y con tal (como se supone) se asistiese á la *Consagracion* y á la *Comunion* de un mismo celebrante. Mas esto no podria hacerse sino en caso de necesidad, pues fuera más respetuoso, conveniente y regular oir la segunda Misa entera. En este caso se habria oido la Misa entera; porque en el fondo no hay en la Iglesia más que un solo sacrificio; cada sacerdote dice Misa, y los dos que celebrarian uno despues de otro ofrecerian en el fondo el mismo sacrificio, y así el fiel oiria Misa entera, aunque no hubiera asistido á una Misa entera.

«¿Es indispensable que las Misas que se celebran en sufragio de los difuntos, se celebren con ornamentos negros?» De ninguna manera. No es el color de los ornamentos el que constituye el valor y

aplicacion de la Misa; es la intencion del sacerdote que aplica los infinitos méritos de Nuestro Señor Jesucristo. No todos los dias se puede decir Misa con ornamentos negros; los domingos, los dias de fiesta solemne, y en general los dias que la Iglesia celebra con lo que se llama rito doble, el sacerdote no puede revestirse con ornamentos negros, como no sea para un entierro. Pero lo repito, en este punto el color de los ornamentos ninguna influencia tiene.

«¿Qué sucederia si un capellan por un olvido involuntario no cumpliese con el encargo que se le hubiese hecho, y él aceptado, de decir una Misa?» Sin duda, en su misericordia, supliria Dios piadoso, porque es tan bueno como justo; pero no puede disimularse que esto no reemplazaria la Misa, y si hubiese habido negligencia, el sacerdote tendria que responder ante Dios. Si llegase á acordarse, deberia, en conciencia, reparar su olvido lo más pronto posible. En cuanto á las intenciones que no se hayan llenado, esta es una de las numerosas desgracias que acarrea la debilidad humana, y de las que nadie es verdaderamente responsable en conciencia. Es como cuando uno pierde dinero sin culpa suya, ó cuando se deja caer involuntariamente un objeto precioso que se rompe, ó cuando una madre ó una nodriza dejan escapar de sus brazos un niño de pecho que se estropea, y otros accidentes de este género. Estas no son faltas; son desgracias. Se reparan cuando se puede y del modo que se puede.

«Cuando se hace celebrar una Misa para tal ó cual ánima del purgatorio, ¿hay seguridad de que quedará libre?» No. El poder de la Iglesia sobre las ánimas del purgatorio es de un modo indirecto y general, por *via de sufragio,* de oracion.

La Iglesia acá abajo no puede hacer más que rogar y pedir por las ánimas del purgatorio: sólo á Nuestro Señor corresponde el poder de librarlas directa é individualmente. Cuando hacemos decir una Misa para tal ó cual difunto, ofrecemos á Dios misericordioso los infinitos méritos de la sangre de su Hijo, pidiéndole que se digne aplicarlos á un alma determinada; es sin duda más de lo que se necesita para librar, no sólo aquella alma, sino todas las otras. Así de que una Misa, y hasta muchas Misas, no libren tal ó cual alma del purgatorio, no puede atribuirse á impotencia de parte del santo Sacrificio.

La sangre de Nuestro Señor es omnipotente; pero no siempre se aplica del modo que nosotros pedimos. Podemos estar seguros de que la Misa ofrecida por nuestros cuidados, será aplicada en alivio de las ánimas del purgatorio; pero nunca podemos estar seguros de que quede aplicada en particular y completamente al alma por la que rogamos y hacemos rogar.

La justicia de Dios tiene exigencias que nosotros no conocemos aquí en la tierra. Hé aquí por qué no debemos cansarnos y no cesar de rogar por nuestros amados difuntos, de ganar para ellos el mayor

número posible de indulgencias, y de hacer celebrar Misas para su alivio y libertad.

«¿Es más eficaz una Misa cantada que una Misa rezada?» Es más solemne, pero no es más eficaz. No obstante, una Misa cantada atrae de ordinario más gente, hace orar más tiempo á mayor número de fieles; y como se anuncia con anticipacion, todo el mundo sabe á qué intencion se aplica, y desde entonces se ruega más á esta intencion.

«¿Por qué se hace celebrar Misa en honor de la Santísima Vírgen y de los Santos? Ellos nada necesitan, puesto que están en el paraíso.» Es que no se dice la Misa para ellos. La Iglesia de la tierra está en comunion con la Iglesia del cielo; y del mismo modo que es naturalísimo que la Vírgen Santísima y los Santos nos protejan, nos asistan y nos hagan conocer el poder de que gozan en el cielo, del mismo modo es muy natural que nosotros que los amamos, ofrezcamos los meritos infinitos de la sangre del Salvador para dar gracias á Dios por su gloria y por su felicidad eternas. Acá abajo tenemos á nuestra disposicion la Sangre de Jesucristo por medio de la Misa, y somos dichosos con aumentar, ofreciéndola, el poder de las acciones de gracias que la Santísima Vírgen y los Santos ofrecen á Dios en el cielo.

La santa Misa es un presente divino y verdaderamente infinito que podemos y debemos hacer á la bondadosísima Vírgen, á los Angeles y á los Santos.

Habria sin duda aún algunas otras ligeras difi-

cultades que aclarar tocante á la Misa: para su solucion, remito á los fieles á su Cura ó confesor, que les dará las explicaciones necesarias con mucho gusto.

XLV.

De que es sobremanera útil oir Misa á menudo.

Decia san Francisco de Sales que «la Misa es el sol de los ejercicios de piedad.» Es efectivamente el ejercicio de piedad por excelencia. Si un cristiano no tuviese más que media hora para emplear en la oracion y el servicio de Dios, no podria hacer cosa mejor que emplearla en oir Misa con devocion. Nada más provechoso á la mayor gloria de Dios, á la salud de su alma y al bien general de la Iglesia.

En la Misa va el cristiano á adorar al Rey del cielo sobre el trono de la tierra, que es el altar. Va á unirse á la Iglesia misma, representada por el sacerdote, á la Iglesia tan santa y tan querida de Dios; y es con ella, es por medio de su voz por el que adora, da gracias, ruega, suplica y obtiene misericordia. Si entiende algo de las augustas ceremonias de la Misa acuden naturalmente á su memoria todos los grandes misterios de la fe, y sobre todo el soberano misterio del amor de Dios hácia el mismo; ama naturalmente lo que no olvida y practica fácilmente lo que ama. La experiencia demuestra que es raro asistir diariamente ó por lo menos con frecuencia á Misa, y no sentirse atraido á recibir la Comunion, que es la gracia de las gracias.

La Misa y Jesucristo, la Hostia viva de la Misa deberian ser el lugar de reunion de todos los fieles. ¿Tenemos penas? (¿quién no las tiene?) Vamos á Misa, acudamos á Jesús.

¿Tenemos alguna gracia que pedir á Dios? Vamos á Misa y pidamos. ¿Queremos expiar una falta? ¿queremos obtener misericordia para nosotros ó para algun otro? Vamos á Misa, recurramos á Jesucristo. ¿Tenemos ánsia por dar gracias á la Bondad divina á causa de haber recibido algun gran beneficio? Vamos, vamos á Misa. La Misa es un medio divino, supremo, infinito, puesto á nuestra disposicion por la inefable bondad de Dios para suplir nuestra miseria. Cuanto más usamos de él más nos ama y bendice el Señor, porque le servimos mejor á medida de sus santas intenciones. Sintiéndose rendida un dia santa Teresa por el peso de las gracias que recibia, exclamó con una especie de congoja: «¡Dios mio, Dios mio! ¿qué puedo hacer yo, miserable criatura, para expresar dignamente mi gratitud á vuestra infinita misericordia?» Y al punto oyó una voz celeste que le dijo muy distintamente: *Oye una Misa*.

Es difícil al que de veras lo desea, no tener tiempo de oir una Misa diariamente. Basta levantarse muy temprano, arreglar sus cosas, y sin ruido, sin estrépito, sin imponerse grandes sacrificios es fácil procurarse cada mañana tan inestimable gracia.

En los países de fe la gente encuentra medios de ir á Misa á menudo, y en vez de resentirse, el trabajo es cada dia más fecundo, como que Dios lo bendice.

Dos obreros de la misma profesion vivian el uno al lado del otro. El uno era cristiano y el otro indiferente. El uno se lo componia de manera que comenzaba todos los dias sus tareas oyendo Misa; el otro para trabajar y ganar más, nunca iba á Misa, ni áun los domingos.

Ambos eran buenos obreros y ambos estaban casados; el obrero cristiano tenia cuatro hijos, el otro uno solo.

Sin embargo de todo esto, los negocios del primero iban mejor que los de su caramada. «¿Cómo te las arreglas? le preguntó un dia éste. Tú tienes más cargas que yo; yo trabajo todo el dia, más tiempo que tú, y esto no obstante tú estás desahogado y yo ando escaso.—Mi secreto es bien sencillo, le respondió el otro alegremente. Si quieres, te le descubriré.—¡A fe mia! no es cosa de despreciar. ¿En qué consiste tu secreto?—Ven mañana temprano, y te llevaré al lugar de donde yo saco mis beneficios.»

Al dia siguiente condujo tranquilamente á su camarada á la iglesia á oir Misa, despues de lo cual le dijo que se fuése á trabajar, como iba á hacerlo él mismo, añadiendo: «Mañana á esta hora vuelve aquí.» Al dia siguiente hicieron lo mismo, sin mediar más explicaciones por una ni por otra parte. Al tercer dia el camarada se impacientó: «Vaya, dijo á su vecino, tú te burlas de mí; si yo quiero ir á Misa para nada te necesito; puedo ir solo. Lo que yo queria es saber cómo te las arreglas para ganar más que yo: me habias prometido des-

cubrirme tu secreto y nada me dices.—¿Mi secreto? repuso el obrero cristiano, no tengo otro más que el que te he enseñado. Comienzo todos los dias arrojándome á los piés de Dios nuestro Señor; comulgo todos los domingos, llevo la paz y la alegría á mi casa, y Dios hace el resto. Pues qué, ¿no tiene dicho: *Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia, y todo el resto os será dado con creces?*»

¡Oh! ¡qué puro, casto, fecundo en méritos temporalmente y para la eternidad ha de ser un dia comenzado tan piadosamente al pié de los altares, acompañado de la bendicion de Jesús presente en la sagrada Hostia! ¡Qué bella y qué buena provision de paciencia, de fuerza y resignacion van á hacer allí las pobres almas fatigadas, rendidas á veces bajo el peso de las tribulaciones de la vida!

El santo altar es sobre la tierra el manantial celeste de donde manan las aguas vivas de la gracia, de la paz, de la alegría, de la abnegacion y de la dicha pura. ¡Dichoso el que conoce y ama el camino de la iglesia! Es el camino del honor, porque es el camino del deber; y como el cumplimiento del deber engendra la felicidad y la dicha verdadera, el camino de la iglesia es á la vez el camino de la felicidad en la tierra y de la bienaventuranza eterna en el cielo.

8 de Setiembre de 1869 en la fiesta de la Natividad de la Santísima Vírgen.

FIN.

ÍNDICE.

Págs.

I.—¿A quién se dirige este opúsculo? 3
II.—De lo que es la Misa. 6
III.—De cómo el sacrificio de la Misa es el mismo que el del Calvario. 7
IV.—De la diferencia entre el Santo Sacrificio y el Santísimo Sacramento. 9
V.—En lo que consiste especialmente el Sacrificio de la Misa. 11
VI.—El Sacrificio de la Misa nos hace presentes todos los misterios gloriosos y gozosos de Jesucristo. . . 12
VII.—Cómo la Misa es el centro de todo el culto de Dios. 15
VIII.—Quién ha instituido la Misa.. 17
IX.—Cómo no es fácil probar que sean los Curas los que han inventado la Misa. 19
X.—Que sólo los sacerdotes tienen facultad de decir Misa. 24
XI.—De las diversas formas con que se presenta la celebracion del santo sacrificio de la Misa. . . . 28
XII.—De lo que de esto puede deducir un ministro protestante. 30
XIII.—Cuán santas y venerables son las ceremonias de la Misa. 32
XIV.—Lo que significa el altar donde se dice la Misa. 35
XV.—Lo que significan las toallas y ornamentos del altar. 37
XVI.—De los cirios, y de su bella significacion. . . 39
XVII.—Del número de velas que debe haber en los altares.. 42
XVIII.—Lo que significan los ornamentos sacerdotales con que el celebrante dice la Misa.. 46
XIX.—De la señal de la cruz con que comienza la Misa, y que se repite con frecuencia durante el Sacrificio.. 48
XX.—Lo que representa el sacerdote al pié de la grada del altar. 50
XXI.—Lo que significan el Intróito, el Kyrie y el Gloria.. 51

XXII.—De los *Dominus vobiscum*. 54
XXIII.—De las Oraciones, la Epístola y el Evangelio. 56
XXIV.—Del Credo. 58
XXV.—Del Ofertorio y de lo que le sigue hasta el Prefacio. 59
XXVI.—Del Prefacio y del Sanctus. 62
XXVII.—Lo que representan las manos extendidas del sacerdote. 63
XXVIII.—Del Cánon de la Misa y la Consagracion. . 65
XXIX.—Despues de la Consagracion hasta la Comunion. 68
XXX.—De la Comunion. 71
XXXI.—Despues de la Comunion hasta el fin de la Misa. 75
XXXII.—De algunas ceremonias peculiares á la Misa mayor.. 78
XXXIII.—Del incensar y su significacion. 80
XXXIV.—Pequeña ojeada sobre el conjunto de las ceremonias de la Misa. 83
XXXV.—Del canto y de los chantres. 86
XXXVI.—Del que ayuda á Misa.. 89
XXXVII.—De la obligacion de oir Misa. 94
XXXVIII.—De lo que hay que hacer para cumplir con el precepto de oir Misa. 97
XXXIX.—De los diferentes modos de oir bien Misa. . 100
XL.—Cómo se debe estar en Misa y en general de la buena disposicion en la iglesia. 103
XLI.—De tres clases de gente que oyen Misa de una manera deplorable. 107
XLII.—A qué intenciones se puede oir y hacer celebrar la santa Misa.. 110
XLIII.—Del por qué se debe dar una limosna al sacerdote á quien se le pide que diga una Misa. . . . 113
XLIV.—Respuestas á algunas dificultades prácticas relativas á la Misa.. 116
XLV.—De que es sobremanera útil oir Misa á menudo. 123

FIN DEL ÍNDICE.